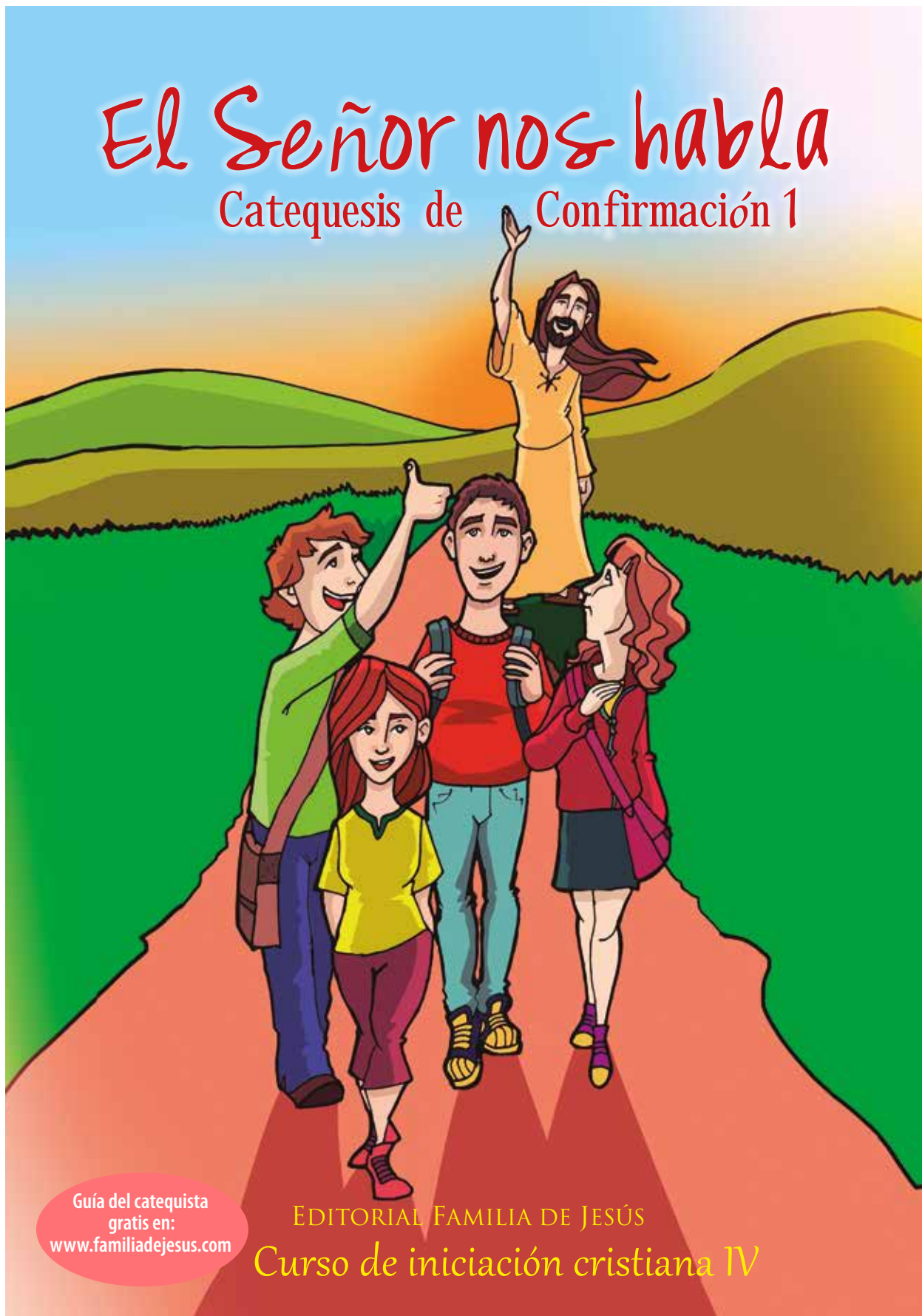


GUÍA DEL CATEQUISTA

El Señor nos habla

Catequesis de Confirmación 1



Guía del catequista
gratis en:
www.familiadejesus.com

EDITORIAL FAMILIA DE JESÚS
Curso de iniciación cristiana IV

El Señor nos habla

Catequesis de Confirmación 1

GUÍA DEL CATEQUISTA

Curso de iniciación cristiana IV

EDITORIAL FAMILIA DE JESÚS

2015

Índice

1. Una aventura fantástica	Página 4
2. Jesús sale a mi encuentro	8
3. El Señor es mi luz	10
4. ¡En marcha!	12
5. Jesús nos habla en su Iglesia	14
6. Dios crea el mundo por amor	15
7, 8 y 9. La creación del universo y el origen del hombre	17
10. Hacemos bien las cosas	23
11. La palabra de Dios es amor	24
12. Dios envía a su Hijo al mundo	25
13. Israel en la Historia	28
14. El Adviento, los sabios y los profetas	31
15. Navidad	33
16. ¿Quiénes son los demás?	35
17. Jesús entre nosotros	36
18 y 19. Alegres con Jesús en el corazón	38
20-24. El reino y el misterio pascual	39

Estimados catequistas:

Los contenidos de esta guía para catequistas será útil para impartir el primer año de dos cursos con los que abordamos, como material complementario, el *catecismo Testigos del Señor*.

Los catequistas/ las catequistas (en adelante utilizaremos un único término para facilitar la lectura) encontrarán recursos para realizar su cometido evangelizador.

Preparación teológica con atractivas dinámicas para impartir las sesiones. Y, también, generosidad con vuestro tiempo. Sin duda, esta dedicación educativa a los más jóvenes será muy a los ojos de Dios. Os damos las gracias de todo corazón.

En vuestras parroquias, el párroco, el diácono, las religiosas, los religiosos y laicos desempeñan una tarea de gran valor. Ahora vosotros, como catequistas, formáis parte de nuestra familia cristiana, portadora de la luz de Cristo para los pequeños de vuestros grupos; forma genuina de vivir la llamada del Santo Padre Francisco: *Salid a las periferias*.

Quizá próximamente asistiremos a una revolución en los métodos para educar en valores cristianos, para transmitir la fe del Evangelio, pues el devenir cultural del momento exigirá que las familias se impliquen decisivamente en la transmisión de la fe -para ello deben vivirla y compartirla en familia. También habrá en las parroquias habrá expertos y expertas que impartirán cursos y clases de formación cristiana.

Si los centros educativos -colegios e institutos- abandonaran la conocida *asignatura de religión*, serán las familias y parroquias quienes opten por un nuevo modelo, ágil y vivo de transmitir la fe, la luz del Señor.

1. Una aventura fantástica

Testigos del Señor, 1

La luz, el apagón y las velas

Iniciamos el tema con Cristo luz del mundo. Él es la luz. Y nos da su luz para que nosotros iluminemos al mundo.

El símil de Cristo-luz da paso a la luz que los bautizados llevamos dentro, precisamente gracias al sacramento del Bautismo. Según la tradición cristiana bizantina, el bautizado es *iluminado* en su alma para que abra los ojos a Cristo.

Gracias a este sacramento, el Espíritu Santo (luz) entró en nuestra alma, y, sin saberlo, nos llenó de la luz y del Amor de Dios.

Advirtamos que en el sacramento de la Confirmación el Espíritu Santo se comunica de modo más pleno -se recibe de forma definitiva. Con las consecuencias que veremos a lo largo del curso.

Y recordemos a los jóvenes que se preparan para el sacramento que se precisa nuestra colaboración. En el capítulo se simboliza así: **enciende tu luz** (la que llevas por estar bautizado) **y colabora** (tomándote en serio las catequesis de confirmación).

El cirio pascual y su significado: representa a Jesús resucitado, luz del mundo. Esa luz la recibe el bautizado por la efusión del Espíritu Santo en el sacramento. A los padres y padrinos se les pide que sean luz para el bautizado; en la ceremonia se les otorga simbólicamente una vela, encendida del cirio pascual.

OBJETIVOS:

1. Jesús ha venido al mundo para que las personas participemos de su vida -tengamos luz, su luz- y vivamos felices, plenos, realizados.
2. Transmitir el concepto de que **el bautizado recibe la luz de Dios** con la gracia del sacramento del Bautismo.

Si el sacramento del Bautismo hace que el Espíritu Santo *entre* en el bautizado; el sacramento de la Confirmación otorga la plena efusión del Espíritu Santo a quien está dispuesto a asumir su compromiso cristiano. La Confirmación es la ratificación del Bautismo.

El término *gracia de Dios* no es fácil transmitirlo a los niños. Se les puede decir que **gracia es Dios dentro de ti**; es Dios dándonos, entrando en nosotros; o bien: la gracia es Dios en nosotros; la participación en la vida de Dios. Es la ayuda que Dios nos da para responder a su llamada. Vivir en gracia de Dios, o estar en gracia, es vivir en la amistad con Dios.

3. Pero eso no basta, cada uno tiene que encender su propia luz. Encendemos la luz de diversos modos; uno de ellos -ahora primordial- consiste en que pongan interés en las catequesis.

En la catequesis aprenderán a :

- a) comportarse según el estilo de los hijos de la luz,
- b) a poner de su parte, preparándose, con buenos hábitos.
- c) dejarse iluminar por el Espíritu Santo.

4. Aprender no es memorizar los temas, sino dejarnos iluminar por el Espíritu y hacer vida propia lo que Él nos diga.

5. Los catequistas ayudarán a personalizar la fe en cada uno/cada una de sus alumnos, de modo que **sepan hacer vida propia la fe que profesan**.

Eran muy pequeños cuando recibieron el Bautismo; ahora, ya mayores, aprenderán a comportarse como hijos e hijas de la Luz -hijos e hijas de Dios. Así lo refería el apóstol Pablo: templos del Espíritu Santo.

6. Por último, con sabiduría, enseñamos a los pequeños a ser testigos del Señor. Esto consiste en ayudar a otros a ver con la luz de Jesús. Y a dar ejemplo, decir la verdad, comportarse con coherencia cristiana, no siguiendo sin más al grupo, o *el qué dirán*.

Durante las sesiones catequéticas irán capacitándose para asumir el referido compromiso cristiano, y disponerse lo mejor posible para que el Espíritu Santo, que reciben en el sacramento de la Confirmación, actúe eficazmente en sus vidas con su acción santificadora. Eso es iluminar con la luz de Jesús, vivir en el reino iluminados por el Espíritu Santo.

Procuramos enseñarles a familiarizarse con la Biblia. En este primer capítulo aprenden a buscar los textos. Con un ejemplar con letra grande, si es posible, realizamos varias búsquedas.

Biografía del Papa Francisco: Jorge Mario Bergoglio.

1. En esta y las restantes breves biografías, conviene transmitir a los jóvenes un mensaje del biografiado que incida en sus vidas. No necesariamente el mismo para todos los jóvenes.

Quizá, el eje central del Santo Padre respecto a su orientación a la Iglesia sea la búsqueda de una Iglesia sencilla, que lleve la luz de Jesús a todo el mundo, que sostenga a los débiles, y que transmita el mensaje central del Evangelio: el amor. Los cristianos hemos de salir a las periferias para transmitir este mensaje.

El otro gran núcleo del Papa Francisco es la autenticidad, la transparencia, la integridad.

2. Finalmente, los jóvenes irán poco a poco descubriendo el bien de tantos cristianos al servicio de los demás, entregando sus vidas, y así podrán amarlos, e incluso algunos serán continuadores de sus obras.

El juego del pañuelo. Pueden transmitirse estas ideas:

1. El pañuelo representa la oscuridad de las personas que viven sin Dios.

2. La catequesis ayuda a ver las cosas con mayor profundidad. Como cuando leemos con poca luz y no distinguimos bien las letras y aportamos una luz mayor: entonces se ve todo claro. Eso hace Jesús en las personas: les da su luz, la luz del Espíritu Santo.

3. Como el Espíritu Santo es Amor mutuo entre Padre e Hijo, y al mismo tiempo luz, estos capítulos combinan **luz-amor-y ser testigos** de esto para los demás.

Adivina las vocales que faltan: Dios quiere que todos se salven y conozcan la verdad.

Marca la respuesta correcta: Jesús/ La Biblia/ en el Bautismo/ a Jesús resucitado/Génesis.

Las presentaciones ayudarán a conocerse entre ellos. Facilitan la amistad. Bueno sería que esa amistad que ahora inician, favoreciera la consolidación de un grupo que se integre en la parroquia, donde estén a gusto, se sientan como en casa, y recorran el camino con sus hermanos y hermanas en la fe durante años.

Contemplamos las catequesis con visión a largo plazo, de modo que se pudieran formar grupos cohesionados de cristianos que compartan la fe y sean fermento evangelizador.

Hablamos con Jesús en la oración es un texto breve de meditación personal. Puede realizarse esta sesión en silencio unas veces; en voz alta, otras. Los jóvenes aprenden a hablar con Dios **desde su intimidad**.

Reflexión teológica sobre el sacramento del Bautismo

¿Qué es un sacramento? Los sacramentos de la Iglesia son signos sensibles y eficaces de la **gracia** donde acontece un encuentro de la persona con Dios.

Signos visibles; pero lo importante es lo invisible que producen: conceden la gracia, el perdón de los pecados, hacen hijos de Dios, configuran con Cristo, incorporan a su Iglesia.

Jesucristo instituyó los sacramentos y los confió a la Iglesia. Jesucristo actúa en ellos con independencia de la santidad del ministro que los imparta o de la estética de la celebración.

Los sacramentos comunican la vida de Dios

Son **7** los sacramentos: **Bautismo, Confirmación, Penitencia, Eucaristía, Unción de enfermos, Orden y Matrimonio**.

Si la Eucaristía es el centro de la vida cristiana, el Bautismo es su base y comienzo, *el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos*. (CCE 1213).

El sacramento del Bautismo:

Definición de Bautismo: sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra. Sacramento que consiste en derramar agua sobre la cabeza de la persona, mientras se invoca el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo causa estos beneficios espirituales mediante la acción del agua junto con las palabras del ministro sobre el bautizado:

- . Incorpora la persona a la vida íntima de Dios,
- . hace miembro de la Iglesia,
- . perdona el pecado original*,
- . confiere el carácter sacramental,
- . hace partícipes del sacerdocio de Cristo.

El Bautismo forma parte de la iniciación cristiana con la Confirmación y la Eucaristía. Se recibe solamente una vez en la vida, como la Confirmación y del Orden sacerdotal.

Bautizar (baptizein en griego) significa “sumergir”, “introducir dentro del agua”; la “inmersión” en el agua simboliza el acto de sepultar al catecúmeno en la muerte de Cristo, de donde sale por la resurrección con Él (Cfr. Rm 6,3-4; Col 2,12) como “nueva criatura” (2 Co 5,17; Ga 6,15).

Necesidad: *En verdad te digo, el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios* (Juan 3, 5).

Para ser bautizado hay que tener fe. Los niños se bautizan en la fe de la Iglesia, representada por los padres, padrinos y la comunidad presente en la celebración.

El tiempo: Puede celebrarse cualquier día; se aconseja en domingo o, si es posible, en la Vigilia Pascual; pues con la resurrección del Señor, el bautizado resucita a la vida de la gracia.

Bautismo en caso de necesidad: En caso de peligro de muerte, cualquier persona puede bautizar, aun no siendo cristiana. Se derrama agua diciendo: **Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.**

La sesión catequética dedicará el tiempo preciso a las presentaciones: nombre, teléfono... Importa que el grupo estreche lazos de amistad.

* **Celemín:** era una medida utilizada antiguamente; corresponde a la doceava parte de la Fanega; unos 4,6 litros, o 537 metros cuadrados.

* Se denomina **pecado original** porque sucedió en los albores de la humanidad. Nuestros primeros padres no mantuvieron siempre la amistad con Dios, pues tentados por el Demonio, desobedecieron a Dios. Así rompieron su amistad con Él. Este fue el primer pecado, y es la condición de alejamiento de Dios en la que nacemos; por eso necesitamos la salvación de Dios.

2. Jesús sale a mi encuentro

Testigos del Señor, 2

La figura del Buen Pastor es una lúcida forma de expresar el amor infinito e insondable de Dios hacia las personas.

La acción central de la parábola es que Dios nos busca, de forma más insistentemente cuando nos separamos de Él por el pecado.

Dios nos ama siempre, pese a separarnos de su amor. En este punto conviene clarificar la otra cara del amor de Dios hacia nosotros: espera que volvamos a Él, que nos arrepintamos, que actuemos como el hijo pródigo; que digamos: Padre, perdóname...

Finalmente subrayar que Dios siempre perdona.

La figura del Padre misericordioso y del hijo/hija arrepentido la expresó Jesús con fuerza cuando dijo: hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia (Lc 15, 7).

La historia: Un día llamó Jesús a la puerta de mi corazón pretende ayudar a los jóvenes a dar una respuesta favorable a las invitaciones de Jesús.

Las referidas invitaciones pueden ser diferentes, incluso específicas para cada individuo; todas son salvíficas y sanantes: corresponder al amor de Jesús, seguirlo de verdad, amarlo con el corazón, generosidad, amor a los demás, vencer el egoísmo, etc.

Lo importante en la referida historia no es la llamada de Jesús, sino la respuesta personal. De hecho, con (en el) Bautismo, todos hemos recibido la llamada a la santidad, a llevar a cabo una misión maravillosa que definirá nuestra andadura sobre la tierra.

Con el paso del tiempo y la correspondencia personal vamos descubriendo esa misión, que se irá conformando, la iremos visualizando..., hasta llenar nuestro corazón de amor y dará pleno sentido a la vida de cada persona.

La misión de cada uno nunca es estática; posee un dinamismo, incluso con cambios y modificaciones dependiendo de nuestra generosidad, pero siempre confluyente a la unión en el amor con Dios: nadie ni nada nos separará del amor de Dios.

La historia puede glosarse finalmente con el **sí** de María en la Encarnación; y con el **haced lo que Él os diga** de la boda de Caná.

La explicación del Buen Pastor introduce el siguiente nivel formativo: la bondad personal haciendo el bien. El catequista transmite las siguientes ideas:

1. Estar con Jesús nos hace ser buenos.
2. Comportarse como Jesús lo haría en nuestras circunstancias nos responsabiliza.
3. Estar con Jesús conduce irrevocablemente a que nos importen los demás.

Conviene mostrar cómo Jesús sale a nuestro encuentro cuando nos dejamos llevar por los enfados, o cuando insultamos o nos peleamos con otros niños. Nuestro Amigo se nos acerca, y nos dice al oído: *anda, ve y pídele perdón, que yo te perdono...*

Los valores de Jesús enseñan a romper el contexto de violencia social, personal, familiar, con los buenos sentimientos que pone en nuestros corazones.

Y también: es muy bello vivir con Jesús, con el corazón alegre, la sonrisa en los labios, y las manos dispuestas a ayudar a los demás.

3. El Señor es mi luz

Testigos del Señor, 3-4

Retomamos el hilo conductor del primer capítulo: Cristo-luz, Bautismo-luz que llevamos dentro. Ahora damos un paso más: Seguimos a Cristo-luz del mundo.

Jesús es la luz del mundo. Por tanto, caminemos con Él, a su lado, para gozar de tantas cosas bellas viéndolo todo con la claridad de su luz.

La explicación del catequista ha de ser positiva (no tanto: estamos con Jesús para no tropezar, para evitar ir al precipicio... -lo cual es cierto; pero no es ese el motivo central del seguimiento de Cristo). Seguimos a Cristo luz porque el mundo es bello y porque con su luz seremos capaces de construir un mundo mejor siendo nosotros mejores.

La luz de Jesús realza la belleza de la creación, la de las personas y la de las criaturas.

Y esa luz con la que nosotros ardemos interiormente, la llevamos a los distintos ámbitos donde se desenvuelven nuestras vidas.

Los dibujos y las frases del capítulo transmiten la idea de la belleza de estar con Jesús, y recorrer junto a Él el camino de la vida iluminados por la luz de Dios.

Pero, para ver hay que abrir los ojos, y reflexionar. La historia de Carlos -que había nacido con los ojos cerrados- no era un niño ciego- sino un niño que no quería abrir los ojos: es decir, mirar por sí mismo, esforzarse, superarse.

Con esta historia se pretende enseñar que no basta con ver las cosas con la luz de Dios; sino que, una vez conocidas las cosas tal como son, cada uno ha de tomar decisiones, elegir, y elegir bien.

Jesús no va a tomar decisiones por nosotros: Él muestra el camino; pero cada persona se pone en camino -o no. He ahí la importancia de la historia de Carlos.

Jesús es luz, lámpara y salvación, son algunas de las ideas de las frases bíblicas del capítulo.

La Biblia aborda desde perspectivas diferentes, la idea de Dios-luz del mundo.

San Agustín introdujo, en los primeros tiempos del pensamiento cristiano, la idea de que en nuestro interior está Dios, su luz, cuando vivimos en gracia.

Las actividades del capítulo ayudan a acertar en las decisiones. Benedicto XVI habló sobre la relevancia de elegir bien y de acertar en las decisiones. Para ello nos ayuda significativamente conocerse mejor.

Dedicamos un tiempo de las actividades a que cada joven reflexione sobre sí mismo, de modo que vaya descubriendo las cualidades que lo definen, así como sus defectos. Ayudémosles a no entristecerse cuando reconozcan aspectos negativos, pues con la ayuda de Dios y el esfuerzo personal los superarán.

Sobre todo, lo importante radica en que se apoyen en sus buenos hábitos para crecer: en hábitos de estudio, de generosidad, de oración...

El catequista recordará que los sacramentos, la oración personal y las buenas obras mantendrán viva la luz que cada uno lleva en su interior: así la llama no se apagará, sino que lucirá día día con más intensidad.

El texto de meditación personal incluye una referencia al tiempo litúrgico. Siendo difícil acomodar cada texto a los tiempos litúrgicos, el catequista procurará hacer una referencia según corresponda en el momento de la sesión catequética.

4. ¡En marcha!

Testigos del Señor, 5

Nuestra vida, y la de todas las personas es un permanente caminar. Es un recorrido sin retorno hacia la casa del Padre. Junto a Jesús, nuestro guía. No obstante, los obstáculos del camino han de ser sorteados por cada uno/cada una, sin desfallecer. El Maestro nos ayuda y enseña.

La excursión es una bella historia que puede suceder a cualquiera. Los jóvenes deben aprender lo siguiente:

- Hay que saber hacia dónde nos dirigimos.
- Elijamos los medios adecuados: se juega al tenis con una raqueta, y al fútbol con botas. Para seguir a Jesús contamos con la oración y un comportamiento que aprenderemos a lo largo de estas sesiones: los valores y las virtudes que Jesús nos enseñó.

En este capítulo, sin forzar la explicación ni pretender que todos lo descubran, se irán mostrando **actitudes inadecuadas**: dedicar excesivo tiempo a los videojuegos, encerrarse en uno mismo, buscar lo mejor en la comida, la ropa...

Para ello damos paso a una de las frases centrales de Jesús recogida en el Evangelio *El que quiera venir en pos de mí...*

Estas palabras del Señor no son comprensibles por los niños, por lo que el catequista explica sus frases y palabras, adaptándolas a la realidad de los oyentes (página 21).

Jesús siempre enseñó, como condición previa para quienes sean sus discípulos, morir a uno mismo. Resulta imposible encontrar a los demás cuando estamos poseídos de nosotros mismos. No es factible ver a Dios cuando el egoísmo impide que depositamos la mirada en el amor a Dios y al prójimo.

Teresa de Calcuta un modelo a seguir para cristianos y no cristianos. Hace vida el Evangelio: se olvida de sí misma para entregarse a los pobres, por amor a Jesús.

Es decir, Teresa ve a Jesús en los indigentes; y en Dios ve a los desheredados. El cristianismo ha sido, desde la antigüedad, una religión de entrega a los pobres. Ya desde tiempos evangélicos los apóstoles atendían a las viudas; era tanto su trabajo que nombraron diáconos para este ministerio, de modo que ellos se dedicaran a transmitir lo que Jesús les enseñó.

Son muchos los modos de pobreza moderna: la inmigración, los que pierden la vivienda, quienes no tienen empleo... y los desplazados a causa de su fe. **Aprovechamos la sesión para rezar por los cristianos desplazados por ser creer en Jesús.**

Es sabido, que quienes padecen todo tipo de injusticias, son singularmente amados por Jesús, y que sus sufrimientos se tornarán en recompensa. Las Bienaventuranzas así lo ratifican.

El catequista traerá pensado el cuadro de la página 22. Tiene como función aplicar las Bienaventuranzas a la realidad del joven.

Además, el juego ayudando a los demás, ejemplifica lo dicho. En esta sesión catequética, al igual que en las demás, se concretan actitudes diarias, u objetivos, para que poco a poco los niños vayan descubriendo el amor de Jesús por ellos y por todas las personas.

Cuando palpamos el amor de Dios, la correspondencia no se hace esperar.

5. Jesús nos habla en su Iglesia

Testigos del Señor, 5

La Iglesia es nuestra familia. La parroquia es también familia. El centro de la Iglesia y de la parroquia es Jesús. La Iglesia es una familia que camina unida hacia la casa del Padre

Estas nociones sencillas, pero importantes, se transmiten en el capítulo de hoy. Por lo tanto, a la parroquia no vamos a realizar **acciones abstractas** por más excelentes que resulten, como ir a rezar, o ir a Misa... En la Iglesia celebramos los encuentros con Cristo en los sacramentos: la Eucaristía como encuentro de amor; el Perdón como recepción de la misericordia de Jesús; la catequesis como enseñanza del mismo Cristo...

La Iglesia es madre. Continuadora de la misión de Cristo. Lugar donde ricos y pobres son hermanos y comparten los bienes.

La Iglesia ha sido y debe ser la voz de los sin voz. Uno de los más conspicuos exponentes es el arzobispo **Óscar Romero**, quien murió mártir por defender a los oprimidos. También Jesús defendió a los perseguidos (la pecadora que iba a ser lapidada), devolvió su dignidad a los leprosos, se acercó a los excluidos de la sociedad (los pecadores). Porque quería Jesús que los destruidos recuperasen la gracia y la salvación.

Cáritas y Manos Unidas son dos instituciones de la Iglesia que ayudan a los desfavorecidos en todo el mundo.

En la Iglesia oímos a Dios. El catequista incide en que la Iglesia es un lugar privilegiado para oír a Dios. Cuando celebramos la Eucaristía, oímos a Dios en la lectura de su Palabra.

Cuando estamos junto al Sagrario, Jesús se dirige a nuestro corazón.

Y también nosotros le hablamos, le contamos, le cantamos y le queremos. Es maravilloso asistir a las celebraciones, o acudir a la parroquia o al oratorio del colegio para estar con Dios.

¿Para qué sirve la Iglesia? Breve texto pero enjundioso. Desgranarlo.

Finalmente, la historia de Betty acosadora ejemplifica una de las modernas opresiones para los niños, que, por desgracia sucede en la inmensa mayoría de los centros educativos, sin que muchas veces sean conocedores los profesores y padres.

El sufrimiento de los jóvenes con estas actuaciones es notable. Incide en su rendimiento escolar, y en el crecimiento madurativo, sereno y progresivo de su afectividad. Conlleva notable sufrimiento y conviene formarlos en este campo.

Las redes sociales son también ámbitos de extorsión. La historia es elocuente y deberá, en la catequesis, abrirse un diálogo entre los asistentes.

6. Dios crea el mundo por amor

Testigos del Señor, 7

Anteriormente dijimos que Dios es luz. Ahora avanzamos en este sentido añadiendo que Él es la luz del mundo, expresada en la creación. Abordamos la creación del mundo conjuntando, de modo sencillo, la ciencia con la fe.

Hace décadas la inerrancia* de la Escritura, sin ser cuestionada por los intelectuales fieles al sentir cristiano fue llevada más allá del significado del texto evangélico y de su intención.

Partimos de la idea esencial, que es la transmitida en el libro -página 30- que la Biblia no hace ciencia, sino que transmite, de modo claro e inequívoco, que todo proviene de Dios, y que Él es el creador de todas las cosas y las sustenta con su amor.

Sin duda, la desinformación y beligerancia contra la Iglesia, ilustrados decimonónicos, ha descrito el choque entre la ciencia y la fe, como disciplinas incompatibles. Y como la ciencia es una disciplina empírica (demostrable), el contenido de la fe es absurdo.

Pero este planteamiento es errado en su partida. Porque, remontándonos al notable desarrollo que las ciencias experimentales alcanzaron en el siglo XVII, se hacían necesarios nuevos criterios para comprender, definir y separar las disciplinas científicas emergentes y lo que, hasta el momento -como era la Biblia- se consideraba un libro de fe y al tiempo explicación del origen del universo.

Galileo (1564-1642), por citar un caso, defendió como verdad apodíctica que la Tierra giraba alrededor del sol, siguiendo la teoría copernicana. Solo las teorías de Newton pudieron confirmar a Galileo bastante tiempo después. Desde la Antigüedad, y con Aristóteles (siglo IV antes de Cristo) difundiendo la teoría geocéntrica, la Biblia acogió la idea de que la Tierra era el centro del Universo. Este pensamiento fue defendido por astrónomos como Claudio Tolomeo dos siglos después de Cristo, y así permaneció hasta que el astrónomo polaco Nicolás Copérnico se dio cuenta de que no éramos el centro del Universo; pero, quizá por temor, no hizo público su descubrimiento.

La Iglesia del momento (entendiendo por ello a los teólogos responsables de analizar las teorías modernas) no supo acoger las ideas en auge procedentes de las modernas disciplinas. Continuaban aferrados a la letra de los textos bíblicos. Por el contrario, el científico italiano Galileo Galei y el alemán Johannes Kepler sí. Finalmente, en el año 1616, los libros de Copérnico fueron censurados y Galileo fue procesado por *sospecha grave de herejía*.

En el siglo XVII, el matemático y físico inglés Isaac Newton y su descubrimiento de la teoría de la gravedad, pudo ratificar la verdad de Copérnico y de Galileo. En el año 1979 la Iglesia Católica abrió una investigación sobre la condena eclesial de Galileo y, en 1992, el Vaticano, reconociendo el error pasado, lo rehabilitó.

Esta detallada descripción resulta ilustrativa para exponer lo difícil que resultó a la Iglesia del siglo XVI y XVII comprender las nuevas teorías y sus implicaciones en el ámbito de la fe. Sencillamente no estaban preparados. Históricamente, solo mentes privilegiadas por su apertura y amor a la verdad supieron, tiempo después, que la ciencia y la fe no se contradecían.

Un heraldo de la verdad fue **san Juan Pablo II**, quien, en el discurso inaugural de su pontificado, exhortaba: *¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!*

Es precisamente Juan Pablo II quien abre las puertas de la Iglesia a la ciencia del tercer milenio. En su mensaje del 22 de octubre de 1996, dirigido a los miembros de la Academia Pontificia de Ciencias, asume la teoría de la evolución. Léase con mayor concreción su Discurso a los participantes en el simposio internacional sobre *Fe cristiana y la teoría de la evolución*, el 26 de abril de 1985. Léase también el discurso de Benedicto XVI a la Asamblea Pontificia de Ciencias el 31 de octubre de 2008.

¿Ha llegado la Iglesia con retraso a la modernidad? Cabría decir que no. Simplemente, han sido necesarios años de reflexión y espera para comprender que quienes busca la verdad, tanto científicos como teólogos, siempre se encontrarán.

La innovación consiste en quitar las barreras que produce el miedo. Avance que, sin duda debemos a Juan Pablo II. Por lo tanto, la ciencia y la fe no se contradicen.

Este necesario preámbulo enmarca los capítulos del 6 al 9, donde el libro El Señor nos habla esboza un sencillo diálogo fe-cultura adaptado a la mentalidad de los jóvenes destinatarios, a la luz de la ciencia.

Comenzando por la creación, el catequista transmitirá, sin preocuparse por los datos científicos de la actualidad, que Dios ha creado por amor todas las cosas.

Dios es nuestro Padre, que nos ha entregado a su Hijo para nuestra salvación, nos santifica por medio del Espíritu Santo... continuar con el contenido de los textos.

*** Idea básica:** Dios ha creado todo de la nada. Contrariamente al pensamiento ateo. La ciencia expone que, en un determinado momento, hubo una gran explosión -el Big-Bang. Es el acto creador de Dios.

En esta sesión conviene transmitir el amor de Dios en su acción creadora, la belleza de la naturaleza, que refleja su amor, así como personas destacadas que la amaron -San Francisco de Asís, y otros/as- e insistieron en la responsabilidad de los hombres en su conservación.

El capítulo sobre la creación combina diversos valores ambientados en la naturaleza y en los animales: el esfuerzo para volar y llegar lejos, como el águila real; la valentía para mirarse dentro de uno mismo y descubrir nuestros tesoros, salir de la mediocridad venciendo la pereza, etc.

Finalmente, se recuerda el domingo como día en el que el señor descansó; y Jesús resucitó, que es cuando los hermanos en la fe nos reunimos para participar y celebrar la Eucaristía. Así como unas prácticas cotidianas sobre el cuidado de la naturaleza reciclando residuos caseros.

Capítulos 7, 8 y 9:

La creación del Universo y el origen del hombre

Consideramos que la perspectiva cristiana sobre estas cuestiones prepara la inteligencia de los niños para asumir, años después, ideas radicales contrarias a la fe.

El espíritu crítico no suele estar presente en estas edades tempranas. Años después, la abundante y desordenada información que recibirán en escuelas, medios de comunicación e internet, podrá ser tamizada y valorada cuando el catequista le ofrece sólidos fundamentos donde asentar su pensamiento juvenil y de madurez, sin dar la espalda a la verdad de Dios.

Es un reto interesante para el catequista, que conviene se detenga en cada uno de los asistentes ayudándole a asumir las ideas que ahora abordamos.

Tratamos las cuestiones científicas- que también conciernen a la fe- vinculándolas a la realidad cotidiana.

Una de las primeras cuestiones inexplicables para un niño, que suele formularse es la siguiente: ¿Qué grande es el Universo? ¿Dónde termina? ¿Cómo ha surgido?

Son preguntas más bien racionales, al margen de la fe. Son los inicios de la desastrosa separación ciencia-fe en el desarrollo del futuro hombre o mujer.

Comenzamos diciendo que el Universo es muy antiguo. Su edad tiene tantos ceros detrás que no sabríamos dibujar un señor tan viejo: 13.700 millones de años.

La Tierra se formó hace 4.500 millones de años.

Los dinosaurios surgieron hace 200 millones de años.

El hombre surgió en África hace más de un millón y medio de años.

Jesucristo nació hace algo más de 2.000 años.

Ideas nucleares:

1. En el primer libro de la Biblia, el Génesis, se narra de modo figurado, en seis días, la creación del universo y del hombre.

2. Es una narración no científica, sino metafórica, para transmitir la verdad de que Dios creó el mundo de la nada. La moderna astrofísica constata que hubo una explosión, sin capacidad para aseverar quién la produjo. Esto se escapa de su ámbito experimentable. Por la fe sabemos que Dios fue su causa, y que el ámbito de la fe es más amplio que el de la experimentación.

3. El hombre y la mujer aparecen cuando Dios los hace humanos; es decir, los crea. Expresado de otro modo: Dios pudo servirse de unos animales prehumanos (homínidos) e infundirles el espíritu; y así, crear una nueva criatura. El Papa Benedicto XVI así lo expresaba: *La distinción entre un simple ser vivo y un ser espiritual, que es capax Dei, indica la existencia del alma intelectual de un sujeto libre y trascendente. Por eso, el magisterio de la Iglesia ha afirmado constantemente que “cada alma espiritual es directamente creada por Dios —no es “producida” por los padres—, y es inmortal”* (Catecismo de la Iglesia católica, n. 366). *Esto pone de manifiesto la peculiaridad de la antropología e invita al pensamiento moderno a explorarla* (Discurso Academia Pontificia de Ciencias 31.10.2008).

Al margen de las explicaciones catequéticas, cabe señalar la enorme plasticidad de la vida como obra de Dios.

Las interpretaciones rígidas sobre el origen del cosmos y de las especies que nos rodean, están lejos de la realidad. Multitud de esqueletos fósiles de animales, fósiles de plantas y numerosas estructuras del pasado constatan el cambio de las especies.

Las especies que vemos hoy día son, casi todas, modernas en el registro fósil; sólo los cocodrilos, el pez celacanto y unos pocos se han mantenido con pocas variaciones esenciales.

¿Acaso Dios intervino milagrosamente en el origen de los millones de especies de animales y plantas contemporáneos, o puso más bien su impronta creadora en la capacidad de transformación de los seres vivos que fueron surgiendo con el transcurrir de los años? Es más plausible esta segunda opción. Por ello, Benedicto XVI también señalaba:

“Evolucionar” significa literalmente “desenrollar un rollo de pergamino”, o sea, leer un libro. La imagen de la naturaleza como un libro tiene sus raíces en el cristianismo y ha sido apreciada por muchos científicos. Galileo veía la naturaleza como un libro cuyo autor es Dios, del mismo modo que lo es de la Escritura. Es un libro cuya historia, cuya evolución, cuya “escritura” y cuyo significado “leemos” de acuerdo con los diferentes enfoques de las ciencias, mientras que durante todo el tiempo presupone la presencia fundamental del autor que en él ha querido revelarse a sí mismo.

Esta imagen también nos ayuda a comprender que el mundo, lejos de tener su origen en el caos, se parece a un libro ordenado: es un cosmos. A pesar de algunos elementos irracionales, caóticos y destructores en los largos procesos de cambio en el cosmos, la materia como tal se puede “leer”. Tiene una “matemática” ínsita. Por tanto, la mente humana no sólo puede dedicarse a una “cosmografía” que estudia los fenómenos mensurables, sino también a una “cosmología” que discierne la lógica interna y visible del cosmos.

Al principio tal vez no somos capaces de ver la armonía tanto del todo como de las relaciones entre las partes individuales, o su relación con el todo. Sin embargo, hay siempre una amplia gama de acontecimientos inteligibles, y el proceso es racional en la medida que revela un orden de correspondencias evidentes y finalidades innegables: en el mundo inorgánico, entre microestructuras y macroestructuras; en el mundo orgánico y animal, entre estructura y función; y en el mundo espiritual, entre el conocimiento de la verdad y la aspiración a la libertad. La investigación experimental y filosófica descubre gradualmente estos órdenes; percibe que actúan para mantenerse en el ser, defendiéndose de los desequilibrios y superando los obstáculos. Y, gracias a las ciencias naturales, hemos ampliado mucho nuestra comprensión del lugar único que ocupa la humanidad en el cosmos.

El Papa Francisco declaró en la Academia Pontificia de las Ciencias en octubre de 2014 que *la teoría del Big Bang y la evolución de la naturaleza no contradicen la intervención de Dios como Creador, sino que la requiere (...)*

Cuando leemos en el Génesis el relato de la creación, creemos imaginar que Dios es un mago, que con una varita mágica ha hecho todas las cosas. Pero no es así. Él ha creado a los seres y les ha dejado desarrollarse según las leyes internas que dio a cada uno, para que alcancen su propio desarrollo. Dio la autonomía a los seres del universo al mismo tiempo que les aseguraba su continua presencia, dando el ser a toda realidad (...)

“Y así, la creación ha proseguido su marcha por siglos y siglos, milenios y milenios hasta que se ha convertido en lo que hoy conocemos; exactamente porque Dios no es un mago sino el Creador que da el ser a todas las cosas”.

“El inicio del mundo no es obra del caos que debe a otro su origen, sino que se deriva directamente de un Principio supremo que crea por amor. El Big-Bang, que hoy se sitúa en el origen del mundo, no contradice la intervención de un creador divino, al contrario, la requiere. La evolución de la naturaleza no contrasta con la noción de creación, porque la evolución presupone la creación de los seres que evolucionan” (...)

“En cuanto al ser humano, hay un cambio y una novedad. Cuando, en el sexto día de la historia del Génesis, llega la creación del hombre, Dios da al ser humano otra autonomía, una autonomía diferente a la de la naturaleza, que es la libertad. Y dice al hombre que ponga nombre a todas las cosas y siga hacia delante en el curso de la historia”.

“Le hace responsable de la creación, para que domine la creación, para que la desarrolle y así hasta el final de los tiempos. Por eso al científico, y sobre todo al científico cristiano corresponde la actitud de interrogarse sobre el futuro de la humanidad y de la Tierra y, como ser libre y responsable, de contribuir a prepararlo, a defenderlo, y a eliminar los riesgos del medio ambiente, sean naturales que humanos”.

“Pero, al mismo tiempo, el científico debe estar movido por la confianza en que la naturaleza esconde, en sus mecanismos evolutivos, potenciales que toca a la inteligencia y a la libertad descubrir y poner en práctica para llegar al desarrollo que está en el diseño del Creador. Entonces, por muy limitada que sea, la acción del hombre participa de la potencia de Dios y es capaz de construir un mundo apropiado para su doble vida corporal y espiritual; construir un mundo humano para todos los seres humanos y no para un grupo o clase de personas privilegiadas” (...)

“Esta esperanza y confianza en Dios, Autor de la naturaleza, y en la capacidad del espíritu humano pueden proporcionar al investigador una nueva energía y una serenidad profunda”

“Pero también es cierto que la acción del hombre, cuando su libertad se convierte en autonomía - que no es libertad, sino autonomía - destruye la creación y el hombre usurpa el lugar del Creador. Y este es el gran pecado contra Dios Creador”.

El Capítulo 7 inserta actitudes donde las personas nos creemos el centro del universo conocido: la casa, el colegio, los amigos...

Hay valores que trabajar para salir de la órbita del yo y pasar a la del tú. El catequista explica divertidamente la historia de la página 37. Enlaza con la sentencia de Jesús: muchos primeros serán últimos y muchos últimos primeros.

Santo Domingo de Guzmán -su biografía breve en la página 38- fue un promotor de la verdad conocida a través de la inteligencia. Rodeado de un contexto humano poco formado, Domingo se consagra a la predicación. Actualmente el contexto no es tanto de la poca formación como de la desinformación. Es preciso que, desde nuestros ámbitos profesionales seamos transmisores de la verdad; capaces de compaginar la verdad de Dios con nuestra cultura, sin obviar que **no todos los avances científicos, por el mero hecho de ser avances, son moralmente buenos.**

La creación de los ángeles se expone en la página 39. Los ángeles existen. No los hemos visto ni tocado, no los hemos demostrado mediante una exploración con técnicas modernas, pero la fe nos dice que existen. El catequista enseñará a los niños quiénes son los ángeles y cuál es su misión, sin temor a explicar algo que no resulta posible demostrar.

La demostración de la existencia de Dios se aborda en el capítulo 8. Ahora, de modo sencillo como se expresa en las páginas 42 y 43 abrirán sus corazones a las razones de la fe.

Crear es lógico. La increencia sí es ilógica. De este modo, cuando en su juventud conozcan los presupuestos filosóficos de Descartes, Kant o Heguel, mediatizados por algún agnóstico profesor, recordarán las ideas que daban razones a su fe, y que respondían a las tesis ateas disfrazadas de verdades filosóficas.

Además de la razón, Dios interviene en el desarrollo cultural y en la maduración de la razón de cada niño:

Dios nos habla en Jesucristo, nos dice mucho en las Escrituras, y nos muestra el camino con la Iglesia.

Son muchas las personas que Dios ha querido poner a nuestro lado para que nos acompañen en el largo camino de la vida: religiosas y religiosos, laicos, profesores y profesoras, abuelos y padres, amigos...

Y en los acontecimientos también nos habla Dios. Abordar la historia del bordado de Dios, página 45. Dialogar sobre sucesos que nos han hecho llorar o dolido, y que no sabemos cómo interpretar. El catequista tratará de ofrecer una perspectiva sobrenatural a los comentarios de los niños.

Conviene insistir en que el amor de Dios todo lo repara: página 46-juego.

Pero, para oír a Dios es imprescindible la sencillez. La humildad. Tendemos a buscarnos a nosotros mismos. La soberbia nos ciega.

La humildad es la virtud que hoy se explica. Con ejemplos concretos. Y, si de la sesión cada cual se lleva a casa su propósito sobre este argumento, mejor.

El Capítulo 9 concierne a un interesante tema que no conviene eludir: el origen del hombre.

Partimos de las ideas ya expuestas sobre el relato bíblico. Pero ahora ponemos sobre la mesa de laboratorio los huesos fósiles de más de un millón de años descubiertos en Kenia, por ejemplo, en el río Naliokotone, que pertenecen a un joven de unos 12 años de edad y se conserve su esqueleto prácticamente entero. ¡Su cráneo difiere del nuestro! ¡Los huesos de las extremidades, también! O el conjunto fósil del yacimiento de Atapuerca, o tantísimos restos humanos que abarcan una historia que se inicia con el género Homo hace casi dos millones de años.

Pero no nos asustemos al exponer esta materia si no somos antropólogos. La catequesis no es una clase de paleoantropología, sino de fe. Baste, por ello, con enseñar el contenido de las páginas 48 y 49, y el contenido de la página 50 donde con nitidez se dibuja cuanto, desde la fe, debemos comprender, siguiendo lo expuesto en el capítulo 9 del catecismo *Testigos del Señor*.

Al igual que en temas anteriores, revalorizamos el cuidado de la naturaleza. Aún sorprende que haya personas que tiren latas de bebidas y botellas de plástico y cristal en el campo.

Consideraciones teológicas sobre relatos del Génesis

Para comprender en profundidad estas narraciones es preciso tener presente que la Escritura habla de las obras misteriosas de Dios, no mediante expresiones conceptuales, sino utilizando imágenes simbólicas.

Estas imágenes están tomadas de la vida humana real y, también, de los relatos míticos de la época. Con ellos, el autor nos quiere explicar cómo Dios no es el culpable de la existencia del mal: Dios creó el mundo bueno, la presencia del mal y el Maligno no tienen su origen en Dios, sino que aparecieron en el inicio de la historia de los hombres.

El hombre, el árbol y la serpiente

Dios crea al hombre a su imagen y lo establece en amistad; el hombre no puede vivir esta amistad más que en la forma de libre sumisión a Dios (CIC 396). El primer hombre no solo fue creado bueno, sino también en un estado de amistad con el creador y armonía consigo mismo y con la creación; amistad y armonía que no serán superadas más que por la gloria de la nueva creación en Cristo (CIC 374). Vivían en un estado de "santidad y de justicia original": no podía morir, ni sufrir, armonía entre el hombre y la mujer y con la creación.

El árbol del conocimiento del bien y del mal es el límite infranqueable que debe respetar. Dios le pide que se someta a las leyes de la Creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad (que no es hacer lo que quiero).

El autor del relato sabe que el hombre no sigue muchas veces los caminos del Señor, sino que se deja seducir por sus caprichos, su deseo de independencia, el hacer la vida para sí mismo, sin contar con nadie más.

Esta realidad, por la que el hombre se apropia del don que Dios ha dado para todos, va a ser narrada en el Génesis, cap 3, utilizando dos imágenes: el árbol del conocimiento del bien y del mal y la serpiente.

Esta narración quiere expresar que el hombre, creado libre por Dios, puede recelar de Dios, pensando que el hecho de ser criatura, le lleva a ser menor de edad, dependiente por siempre. De ahí que intente trazar por sí mismo los caminos de la historia, sin rendir cuentas a nadie, ni tener en consideración a Dios.

Frente al árbol, los hombres se encuentran ante la opción y podrán escoger entre aceptar o rechazar el plan de Dios; rechazarlo es decidirse a ser ellos mismos, por sí mismos y para sí mismos: este es el pecado. Hizo elección de sí mismo en contra de Dios. Dueños, por sí mismos, el fruto era excelente para conseguir la sabiduría; capaces de determinar el bien y el mal, como Dios hacía: seréis como dioses, concededores del bien y del mal. El pecado original fue de soberbia, antes que de desobediencia. La soberbia, desde entonces está en la raíz de todo pecado.

Se trata de un pecado en el que el hombre nace y que no ha cometido personalmente; es un pecado en sentido análogo, pero es una ruptura de la comunión con Dios, una incapacidad de amarle sobre todas las cosas, una muerte del alma.

El hombre fue creado con una armonía interior perfecta y exento de la muerte; de hecho fue creado en gracia. Esto es lo que significa la imagen del paraíso. El paraíso no es un jardín concreto que se pueda encontrar en Oriente.

Dios respeta esta decisión, deja que el hombre afronte las consecuencias de su acción:

-La armonía en la que se encontraban quedó destruida; se quebró el dominio de las facultades espirituales del alma sobre las del cuerpo (Gn 3,7); aparecen tensiones entre el hombre y la mujer, la creación se hace hostil, y el hombre “volverá al polvo del que fue formado” (Gn 2,17).

- el fuerte contraste entre la grandeza de la maternidad y el doloroso trabajo que supone ser padres y sacar una familia adelante;

- las maravillas que pueden salir de la inteligencia y las manos humanas y la vida arrastrada de quienes, trabajando, apenas si pueden subsistir;

- la paradoja entre un ser llamado a la vida y la realidad cierta de la muerte.

- Desde ese primer pecado, una verdadera invasión de pecado inunda el mundo; es la corrupción universal a raíz del pecado.

El pecado, el dolor y la muerte no sólo suceden en una persona, afectan a todos los hombres y a todo el universo. Sin embargo, Dios no deja de salir al encuentro del hombre.

Los hombres rompen el amor con los hermanos (Gen 4)

A partir de la desobediencia a Dios, nace la insolidaridad. Esta insolidaridad se pone de manifiesto en el relato de Caín y Abel.

En el momento que se escribe el relato, hay dos grupos divididos:

- los labradores, que viven bien en tierras de su propiedad;

- los pastores, sin tierra, que malviven en tiendas de campaña y emigran de un sitio para otro.

La narración nos dice que Caín era agricultor y Abel pastor. Los dos son pecadores, son hombres. Sin embargo, el Señor toma partido por el pobre, no porque sea bueno, sino porque tiene misericordia de él.

Caín, no puede soportar la preferencia del Señor, se cierra al amor del Padre y convierte a su hermano en un enemigo al que destruye asesinándolo.

Ante el clamor de la sangre, el Señor pide cuentas de la vida del hermano: si la desobediencia a Dios provoca la ruptura de las relaciones entre los hermanos, el asesinato se torna en ofensa grave a Dios. Pese a todo, el Padre promete ocuparse de la vida del asesino (Gen 4, 15).

10. Hacemos bien las cosas

Testigos del Señor, 7

Jesús nos da su luz. Ahora nosotros debemos ser capaces de “ver”, y llevar esa luz a los demás.

Como transfondo del capítulo, el catequista procurará ayudar a los jóvenes a acertar en sus decisiones, capacidad de suma importancia para todas las edades.

Para hacer bien las cosas se requiere una técnica. El catequista enseña la técnica para decidir correctamente:

1. Preguntarle a Jesús.
2. Formarse bien.
3. Dejarse aconsejar.
4. Ejercitarse en el bien.
5. Pensar bien las cosas y en las consecuencias de nuestros actos.

Son diversos los cauces que los autores de la obra *El Señor nos habla* han elegido para formar a los niños.

Las historias paralelas, también en el tiempo de Amundsen y de Scott son sobrecogedoras. La narración del génesis sobre el pecado original, además de formativa resulta elocuente.

En la vida, además de acertar o no, está la dimensión moral de las obras humanas: unas pueden resultar buenas, otras malas y otras indiferentes.

Se introduce la noción de pecado. Dejamos claro que el pecado es decir “no” al amor de Dios. El catequista abordará la noción de pecado con delicadeza, pero sin eludir su fisonomía por un equivocado temor a que los niños se asusten. No lo duden, desde muy pequeños diferencian lo que está bien que lo que no.

El sentido positivo en la exposición del pecado transmitirá que Dios, pese a nuestros pecados, nos ama igual y nunca nos abandona. Página 56: Adán y Eva y el abandono del paraíso.

La noción de tentación será expuesta adaptada a sus posibles tentaciones pequeñas, enseñándoles -y esto es importante- recursos para vencerlas: acudir a María, orar, alejarnos del mal...

Distinguir entre pecado y tentación.

Hay mucha gente buena. El mundo es bueno; la mayoría de las personas, también. Cuánta alegría produce vivir haciendo siempre el bien.

Las normas y preceptos de la Iglesia son consejos de amor, no preceptos pesados. Enseñarles a acogerlos con amor (página 60).

11. La Palabra de Dios es amor

Testigos del Señor, 7

Retomamos la actitud amorosa de Dios recogida en los anteriores capítulos sobre la creación, para continuar con el amor de Dios expresado en su Palabra.

Dios ama cuando habla. Su palabra es amor. Dios nos habla porque nos quiere.

A lo largo de este día aprendemos a hablar con Dios. Nuestra palabra se intercambia con la de Dios.

Es un diálogo la vida de cada uno/cada una con su Creador. Diálogo amoroso de un Padre con sus hijos y sus hijas.

Palabras nuestras dirigidas a Dios, que van acompañadas con los hechos.

Hoy nuevamente abordamos la oración, añadiendo la importancia de nuestros hechos. La fe sin obras es una fe muerta.

La página 64, al final, en los diversos textos evangélicos, recoge los llamados números de emergencia. Cabe que cada niño lea uno en voz alta. Y se comenten.

Los tiempos litúrgicos se entrelazan en este marco de oración, pues la liturgia facilita la oración, en los gestos, los colores y las expresiones.

La liturgia se hace vida. El catequista explica los grandes tiempos litúrgicos, y enseña a vivirlos con su singularidad. Así, por ejemplo, en Pascua facilitará el sacramento del Perdón a sus oyentes; al igual que en cuaresma; durante la navidad estimulará el compartir, etc.

La oración personal, también llamada meditación; la oración vocal; el canto realizado como oración; oraciones comunitarias, etc., conviene sean practicadas en esta sesión catequética.

Mostramos cómo pedir, no egoístamente. Aprendemos a sensibilizarnos con la paz, el rechazo de la violencia, las guerras y conflictos lejanos, comprendemos como algo que nos afecta la pobreza de los demás... y a sostener a cuantos sufren mediante la oración.

El amor acorta distancias y resuelve conflictos; y también la oración, que es otra expresión del amor.

12. Dios envía a su Hijo al mundo

Testigos del Señor, 18

Es tan grande el amor de Dios que envió a su Hijo al mundo. Necesitábamos a Jesús para salvarnos; con nuestras capacidades hubiera resultado muy difícil. Jesús nos enseñó que Dios nos salva por su misericordia, pues nuestras fuerzas son exiguas, aunque no nos salva sin nosotros; es decir, cuando rechazamos su gracia.

La venida de Jesús al mundo es el acontecimiento más importante de la Historia.

Y, al mismo tiempo, el más desconcertante, por insólito e inexplicable.

La vida de Jesús entre nosotros es la expresión de quien desea para nosotros lo mejor, y nos muestra cómo lograrlo.

Jesús trajo el Reino y la salvación, y cada cual ha de dar una respuesta a las propuestas del Señor sobre su propia existencia.

Sin embargo, el Reino choca frontalmente con nuestra realidad: las guerras, el hambre, las armas, las discusiones...

El catequista huirá de una exposición triste, pesimista o derrotista. Expondrá realidades antievangélicas y algunos recursos para responder: la oración, el diálogo entre los compañeros de clase, el silencio cuando nos insultan, etc.

Porque, al final, el bien triunfará.

El catequista ayudará a forjar una personalidad donde florezcan los valores del Reino. Poniendo singular énfasis en vencer la agresividad. Interiormente surgen irritaciones por cuestiones muy diversas, a veces inverosímiles o absurdas, otras, egoístas. Tornar esa violencia interna, por pequeña que sea, en un corazón pacífico, es tarea que el catequista tendrá presente durante todo el curso, de una u otra forma.

Hacerlo todo con amor y por amor es nuestra máxima. El secreto de los cristianos es el amor.

El estudio es la principal obligación de los jóvenes y su gran responsabilidad. El esfuerzo está bien, la constancia también; atender en clase, realizar las tareas..., y, también, ofrecer el estudio.

Sabrán el catequista transmitir el concepto de que Dios espera de ellos que estudien. Que se santifiquen estudiando, pues ese es ahora su trabajo. Que pongan amor en el estudio y lo ofrezcan cada día antes de ponerse a estudiar (página 69).

La biografía de San Pablo es elocuente. Paso del desamor hacia los cristianos al amor; a dar la vida por ellos: ser apedreado, naufragar, ser azotado, etc. A Pablo le movía el amor a Jesús y a los demás. Y, resulta llamativo, que durante sus largos viajes evangelizadores se mantuviera con su profesión.

No estaría de más enseñar algunas técnicas sencillas de estudio.

La parábola del sembrador ha sido siempre un icono contra la vaguería y el acostumbamiento. Frente a los nihilistas para quienes la vida carece de valor y significado, Jesús predicaba la importancia de dar buenos frutos...

Aplíquese la parábola a la vida del joven. ¿Qué siempre en casa? ¿Entre mis hermanos? ¿En el colegio? ¿He realizado alguna obra buena la última semana?... (ver página 70).

La universalización de la gracia

El hecho de la desobediencia de Adán, los cristianos lo contemplamos desde la Pascua de Jesús. Adán pretendió ser Dios, arrebatarse la gracia del Padre, iniciando el camino de la muerte. Jesús, el Hijo amado del Padre, se entregó por entero al proyecto de su amor, abriéndose al camino de la vida. Pero Dios no abandona al ser humano, como decimos en la Plegaria Eucarística cuarta:

“A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado. Y, cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca. Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación. Y tanto amaste al mundo, Padre Santo, que al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo... Para cumplir tus designios, él mismo se entregó a la muerte, y, resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida.”

Hemos visto cómo la ruptura con el amor de Dios conduce a la insolidaridad, a la opresión, al sometimiento del hermano. Sin embargo, Jesús, el Hijo obediente, da a todos los que la acogen la posibilidad de reconocerse hijos de Dios y hermanos de los hombres. Lo que aparecía como un fracaso, es ahora desbordamiento de gracia y misericordia. La situación incurable y desesperada de la humanidad se abre a la más grande de las esperanzas y a la certeza de que en Jesucristo ha triunfado la vida.

La alianza de Dios con Abrahán

La historia de Abraham comienza en Gen 12,1-4 con un desarraigo, una ruptura y un ponerse en camino, con la esperanza puesta en la Palabra del Señor. La promesa de Dios a Abraham se repite en otros tres textos diferentes:

Gen 15,1-21: Dios promete a Abraham que tendrá una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y que a esa descendencia le dará en posesión la tierra prometida. Este relato se termina con el sacrificio de los animales descuartizados, costumbre que existía en los pueblos de Oriente para sellar el pacto entre dos partes contratantes y que se llamaba berit.

La palabra “berit” significa que alguien hace o toma sobre sí un compromiso solemne. En la práctica, equivale a un juramento promisorio en el que se promete algo de manera solemne. La expresión que se utiliza en estos casos es “karat berit”, cortar berit, que se refiere al rito que acompañaba al juramento: el que pronuncia el juramento pasa entre dos animales cortados por la mitad, lo que significa que, si perjura, correrá la misma suerte que los animales.

Gen 17,1-14: Dios vuelve a prometer una fecundidad sin medida y la posesión de la tierra de Canaán, pero Dios añade: "Yo seré tu Dios y el de tus descendientes". Dios impone la obligación de la circuncisión de los varones, como señal perpetua del pacto contraído.

Gen 18,1-15: se repite la promesa de la fecundidad; se le aparecen a Abraham tres hombres, lo que parece indicar que se trataba de Dios acompañado de dos ángeles.

En los tres relatos Abraham cree y se compromete. Abraham es el hombre de la fe inquebrantable y de la obediencia a Dios. La promesa a Abraham consistió en tres cosas:

- Yo seré tu Dios;
- tendrás una descendencia sin límites;
- te daré una tierra rica y fecunda en posesión perpetua.

La promesa no se limita a la tierra y a la descendencia, sino que abarca algo más importante: **Yo seré tu Dios**. Es un pacto, un compromiso personal de Dios con Abraham, una promesa material y trascendente al mismo tiempo. Se trata de una promesa total, que exige de contrapartida obediencia y fidelidad, el estar siempre en camino, la peregrinación constante en la presencia del Señor.

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 59: "Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abram llamándolo "fuera de su tierra, de su patria y de su casa" (Gn 12,1), para hacer de él "Abraham": es decir; "el padre de una multitud de naciones" (Gn 17,5): "En ti serán benditas todas las naciones de la tierra" (Gn 12,3 (LXX); cf Ga 3,8)".

El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo elegido (cf Rm 11,28), llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia (cf Jn 11,52; 10,16); ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes (cf Rm 11,17-18.24).

Por otro lado, la promesa del Señor: "Yo seré tu Dios", se trata de una promesa de fidelidad, en la que Dios mismo se compromete a defender, acompañar, proteger a su pueblo. Esto se expresa en tres textos diferentes:

El libro del Génesis nos cuenta lo que ocurrió con los descendientes de Abraham hasta que llegan a Egipto (Gen 25-50), donde dan origen a un gran pueblo, que hace temer al Faraón, rey de Egipto (Ex 1,8-10). El Faraón decide imponer una dura esclavitud a los descendientes de Abraham, llegando a ordenar la exterminación de su descendencia.

13. Israel en la Historia

Testigos del Señor, 18

La venida de Jesús al mundo está enmarcada en un contexto histórico determinado. Dios Padre no lo improvisó: fue preparando a un pueblo donde nacería el Salvador. Lo contamos en su marco histórico y arqueológico.

La región de oriente próximo, actuales países de Israel y Palestina, Siria, Irán e Irak enmarcan geográficamente el origen de la cultura, las primeras sociedades, la escritura y también donde se remontan los orígenes del pueblo de Israel.

Tan bellas e interesantes cuestiones se abordan sin pretensiones exhaustivas. Son útiles para comprender globalmente dónde nace Abrahán, su edad arqueológica y por qué Dios lo eligió como líder de su pueblo.

Abrahán y su pueblo creían en un solo Dios; en Dios Padre, Creador y Señor del Universo... Ya él y sus descendientes el Padre les habló, preparándoles para el gran evento redentor. Sorprendentemente, la totalidad de las culturas vecinas eran politeístas. Él y sus descendientes, pese a fallos y limitaciones personales, se mantuvieron fieles a Dios.

Las primeras ciudades, herramientas, escritura, etc., se describen en las páginas 72 y 73.

Mesopotamia, la posible ciudad natal de Abrahán, Ur, y los decisivos encuentros con su Señor, en la página 75.

Los Patriarcas y sus desplazamientos, están en las páginas 76 y 77. Los relatos que en la Biblia nos hablan de los patriarcas (Gen 12-37) deben ser situados entre los siglos XX y XIII a.C. Los patriarcas bíblicos (Abraham, Isaac, Jacob) forman parte de grupos nómadas semitas con una estructura de tipo familiar, donde el padre es la cabeza. En estos grupos se conservan "historias de familia" que se transmiten de padres a hijos, y que estarán en el origen de los capítulos 12 al 37 del Génesis.

Todo israelita tenía conciencia de pertenecer a una gran familia, la familia cuyo padre común fue el patriarca **Abraham**. Los patriarcas bíblicos (Abrahán, Isaac y Jacob) pertenecen a los grupos semitas que recorren la Media Luna Fértil, es decir, el territorio comprendido entre Mesopotamia y Egipto.

Jacob es, para la tradición bíblica, nieto de Abrahán e hijo de Isaac. También se llama Israel, y sus doce hijos serán los padres de las doce tribus israelitas. Parece ser que los relatos bíblicos que nos hablan de él (Gen 27-35) expresan, con las relaciones que Jacob mantiene con su hermano Esaú, las tensiones existentes entre los clanes que se van sedentarizando, que tienen como padre a Jacob, y los que se mantienen nómadas, que se reconocen descendientes de Esaú. La preeminencia de los jacobitas va a reflejar la superioridad que mantendrá el reino de Israel sobre Edom (descendientes de Esaú).

Los clanes de Jacob, que se van reuniendo en torno a Betel, fusionan sus tradiciones con el clan de Israel, originando así el doble nombre del patriarca. Jacob-Israel será tomado como el padre de la nación israelita, por lo que se hacen brotar de sus entrañas las doce tribus del Pueblo elegido.

Moisés

Entorno al siglo XIII a.C. hay que situar a Moisés. Los descendientes de Abraham están en Egipto sometidos a una dura esclavitud. Yahvé interviene salvando, mediante Moisés, al pueblo oprimido, y le guía a través del desierto. En este itinerario, Dios establece una Alianza con su pueblo.

Lo sucedido en este tiempo aparece narrado en la Biblia en los libros de Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Josué, Jueces y Samuel nos narran la entrada y asentamiento progresivo de Israel en la Tierra Prometida.

En el libro del Éxodo hay cuatro relatos que se refieren a la Alianza de Dios con su pueblo. En ellos, Dios se compromete con el pueblo, se solidariza con él, y establece un juramento de fidelidad.

El texto de Ex 19,5 lo dice con estas palabras: “seréis mi propiedad”, es decir, el pueblo de Israel es algo que Dios mira como suyo, por lo tanto algo que Dios cuida, protege y defiende. De ahí la confianza y la seguridad que ha de tener el pueblo. Es una relación de intimidad, de pertenencia y de entrega sin condiciones.

Por consiguiente, la Alianza consiste en el compromiso de Dios con su pueblo: Dios se compromete, mediante juramento sagrado, a cuidar de su pueblo, a protegerlo y a defenderlo en todo momento. El pueblo, en respuesta a esa fidelidad de Yahvéh, debe observar los diez mandamientos que Yahvéh le impone.

David

Entre los años 1050 y 950 a.C., aparece la monarquía en Israel sucediéndose tres reyes en el trono de Israel: Saúl, David y Salomón.

David será el gran rey de Israel, que logrará la unidad política entre las tribus del Norte y del Sur, establece la capital en Jerusalén, y organiza una administración central. Siempre será recordado como el rey ideal.

Su hijo Salomón construirá el Templo; pero, debido al crecimiento de los impuestos para mantener la corte y las diversas obras de carácter suntuario y de defensa, a su muerte el reino se dividirá. Es el año 932 a.C.

Además de los detalles históricos de interés, resaltamos la fidelidad de los patriarcas a lo que Dios les pedía. Ellos vivieron de fe; la pusieron en práctica, confiaron en Dios.

La fe hecha vida es uno de los desafíos aún no resueltos por los cristianos de nuestro tiempo. La cultura moderna ha separado sociedad y religiosidad, para hacer de los países, las ciudades y los pueblos, lugares donde la fe está relegada a los ámbitos más íntimos del domicilio propio o del corazón del individuo.

No acepta, nuestro momento cultural, que la fe se exprese públicamente. En la escuela, está siendo despedida, también en la política y en otros ámbitos resulta excluida. Se es cristiano en casa, pero fuera, en el parlamento, se aprueban leyes contrarias como el aborto, contra la vida del no nacido...

Los cristianos hemos perdido la capacidad para transmitir a la sociedad los bellos valores del Reino.

Por eso, conviene, en la medida de lo posible, enseñar a poner en práctica la fe, aun en esas edades tan tempranas. Es un modo de ser y de actuar más conforme con lo que creemos que en lo que todo el mundo asume. Abundan ejemplos en el ámbito de las nuevas tecnologías que el catequista podrá comentar.

Los cristianos aún mantenemos la esperanza de transmitir los valores del Reino a la sociedad, como el pueblo de Israel incorporaba según el Señor les pedía. Así, nosotros entendemos los consejos de Dios, sus Mandamientos, como sugerencias de amor, para vivir en un contexto de paz y de libertad, respetándonos y perdonándonos; amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

14. El Adviento, los sabios y los profetas

Testigos del Señor, 13-14

El contexto histórico del nacimiento del Hijo de Dios es expuesto sucintamente en este capítulo. Imperios, sabios y profetas son los personajes que nos ocupan.

Resulta oportuno reflexionar que Jesús viene al mundo cuando el Imperio Romano es omnipresente. Parece lógico, sobre todo cuando echamos una mirada a los imperios previos; más aún si nos remontamos a la prehistoria: carece de toda lógica.

Roma posee el sistema legislativo más avanzado del momento; posee obras de ingeniería admirables; la comunicación interna era fluida y la paz romana -dentro del Imperio- fue perdurable. Más allá de sus fronteras, los romanos *dormían con la armadura puesta y empuñando la espada*.

La cultura grecolatina -Roma había importado dioses y pensamiento de la rica tradición de filósofos griegos- fue tan importante para la posteridad que constituyó el fundamento del pensamiento occidental de los europeos y americanos.

Sin embargo, el pueblo de Israel había cultivado una sabiduría bien distinta: la sabiduría de los hijos de Dios. En efecto, el pensamiento de los israelitas sustentaba buena parte de sus presupuestos en ideas morales y comportamentales escritas en los libros sagrados, vividas de generación en generación y defendidas como Palabra que Dios les había dicho a través de sus profetas.

Por tanto, si al pueblo romano le gustaba el saber por el saber (recuérdese la intervención de San Pablo en el Areópago de Atenas), al pueblo de Israel le gustaba el saber que procedía de la boca de Dios. Eran, quizá, dos formas distintas de asumir la realidad: aquellos basaban su comportamiento de normas legisladas, sin relación a la trascendencia por cuanto esta no implica una moral específica; los judíos apostaban su vida en función de su Dios, también con un bagaje normativo importante. En la historia de Israel, los profetas desempeñaron un papel fundamental.

¿Qué es un profeta? La palabra "profeta" viene del griego "profeteo" que significa "locutor": el que dice lo que la divinidad le ha inspirado. Pero en la Biblia se utilizan otros nombres también, por ejemplo Amós es llamado "vidente" por Amasías; a Eliseo se le llama con frecuencia "hombre de Dios". El profeta movía **al encuentro con Dios, anunciaba la Palabra de Dios y exigía fidelidad a la Alianza**.

La irrupción de la predicación de Jesús resultó completamente novedosa. No venía a cambiar la Ley judía, sino a perfeccionarla, a despojarla de la normativa axfisiante, mostrándola con la originalidad del amor: el amor a Dios y al prójimo. De hecho, toda la Ley cabía reducirla a diez Mandamientos y a los dos preceptos de amor referidos. Esto era algo completamente novedoso en el contexto sociocultural en el que Jesús comenzó a predicar.

Las páginas 80 y 81 son el prelude histórico del capítulo. En las siguientes se describen dos grandes profetas que preparan al Mesías:

Isaías es un profeta, cuya predicación se recoge en el libro de Isaías. En realidad, este libro de Isaías recoge la predicación de varios profetas:

El Primer Isaías (o Protoisaiás) que vive y predica en Jerusalén finalizando el siglo VIII a.C.; recuerda que lo único que puede asegurar al pueblo la salvación es la alianza con el Dios santísimo. Pertenecen a él los primeros 39 capítulos del libro de Isaías, excepto dos inclusiones más tardías que ocupan los capítulos 24 a 27 y 34 a 35, que son dos apocalipsis compuestos en torno a los siglos V y IV a.C.

El Segundo Isaías (o Deuteroisaiás), autor de los capítulos 40 a 55, predica al final del destierro de Babilonia (538 a.C.), anunciando un nuevo éxodo. Son de destacar los cuatro cantos del Siervo. La primitiva Iglesia ve en esos textos del siervo de Yavé un retrato anticipado de Jesús.

El Tercer Isaías (o Tritoisaiás) predica tras el destierro y es el autor de los capítulos 55 a 66. Anuncia al enviado por Dios que evangeliza a los pobres (61).

Juan Bautista fue un predicador judío, primo de Jesús, que preparó su venida. Se ha especulado con que Juan el Bautista tuvo relación con el movimiento judío de los esenios, pues en los manuscritos de Qumrán hay múltiples puntos de contacto con el mensaje cristiano. No puede descartarse que Juan el Bautista viviera un tiempo en esta comunidad Hijo del sacerdote Zacarías y de su esposa Isabel (Lucas 1:5), Juan el Bautista es considerado el precursor de Jesucristo.

Según Lucas 3:1-3, Juan comenzó a predicar y a bautizar en el desierto *el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio, cuando Poncio Pilato gobernaba Judea, cuando Herodes era tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y Traconítide, y Lisaniás tetrarca de Abilene, en tiempo de los sumos sacerdotes Anás y Caifás.*

Juan Bautista se definió a sí mismo como «voz que clama en el desierto: “rectificad los caminos del Señor”» (Juan 1,23), con lo cual cumplía expresamente una profecía de Isaías (Mateo 3,1-4, Lucas 3,4-6, Isaías 40,3-5).

Juan predicaba la conversión y bautizaba como signo de arrepentimiento. Bautizó también a Jesús en el río Jordán (Lucas 3,21-22, Marcos 1,9-11) y lo reconoció como Mesías (Juan 1,25-34, Mateo 3,13-17). Ese momento supuso el inicio de la actividad mesiánica de Jesús.

Poco después (antes de la muerte de Jesús hacia el 30), fue encarcelado y decapitado por orden de Herodes Antipas en la fortaleza de Maqueronte. Este dato es mencionado tanto por Flavio Josefo (Ant., XVIII, v. 2) como por los Evangelios de Marcos 6,16-29 y Mateo 14, 3-12.

Juan reconoció a Jesús como el Cordero de Dios, pero estando en la cárcel envió mensajeros para asegurarse de que Jesús era realmente el Mesías esperado (Mateo 11, 2-4) Jesús dijo de él: *Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él.*

El catequista conjuga en este capítulo la vida ejemplar de Juan Bautista con la preparación -él anuncia al Mesías- personal, durante el tiempo de Adviento, para la venida del Niño Jesús a nuestros corazones.

Mediante juegos y actividades, enfrenta al niño con la superación personal por amor al Niño Jesús, dejando de lado lo que nos separa de él y potenciando lo que nos acerca. Sean siempre amables nuestros planteamientos y movidos por el amor a Jesús.

15. Navidad

Testigos del Señor, 18-19

Desde este capítulo 15 hasta el final del libro, trazamos la historia de Jesús con las consiguientes implicaciones en el mundo y en nuestras vidas. Describiremos el nacimiento de Jesús, la implantación del reino y la resurrección, con referencias estrechas a la realidad de los jóvenes, de modo que puedan hacer vida diaria la fe y darle sentido.

El catequista puede iniciar la sesión con la lectura de la vida de Jesús, realizada por varios niños: páginas 92 y 93.

Básicamente, conviene dejar claro que Jesús es Hijo de Dios e hijo de María. Por eso, María es madre de Dios.

Esta concepción virginal, incomprensible con la razón, es conocida por la fe. Sin ambages se mostrará el dogma de la Inmaculada Concepción, con la actitud humilde de reconocer que para Dios nada hay imposible.

Bello capítulo con frecuentes referencias al amor de María Santísima a Dios, su generosidad para aceptar lo que le pedía, y las virtudes que ella encierra y nos enseña: humildad, piedad,...

En este contexto navideño, y con las habituales referencias al estilo de vida de los amigos y amigas de Jesús, destacamos importantes hábitos que los jóvenes deberán ir asumiendo: compartir, desprendimiento, amor, etc.

San Juan Bosco aparece biografiado. Hombre de gran amor a María, destacó por su dedicación a la juventud.

Hoy, convenga quizá dedicar más tiempo a la oración personal. Con el texto sugerido al final del capítulo u otro que se considere adecuado.

Más sobre el nacimiento de Jesús:

Mateo y Lucas narran el nacimiento del Salvador. Con una estructura narrativa diferente, Lc refiere la concepción virginal de Jesús, de María, por obra del Espíritu Santo (Mt 1,18-21; Lc 1, 30-35).

¿Quién fue la fuente de estos datos? La última fue María. Esto lo ha acogido el credo niceno-constantinopolitano: "y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre".

El Hijo de Dios, engendrado por el eterno Padre antes de todos los siglos, nació en el tiempo, de Santa María Virgen, por obra del Espíritu Santo. Así lo dijo también San Pablo (Gal 4,4): "Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su hijo, nacido de una mujer".

La Iglesia confirmó el dato escriturístico con el dogma de María **Theotókos** (Madre de Dios), en

el concilio de Efeso en el año 431. Y confirmó este antiquísimo dogma de fe el Vaticano II, en la Constitución dogmática sobre la Iglesia: "Creyendo y obedeciendo (María) engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y esto sin conocer varón, bajo la sombra del Espíritu Santo" (LG 63).

Realidad de la concepción virginal: La concepción virginal es un misterio; por ello hemos de acogerla en actitud de obediencia, convencidos de que "nada es imposible para Dios" (Lc 1,37). Dios es señor de la historia. La realidad de la concepción virginal de Jesús, por María, se apoya:

- En la autenticidad del testimonio de los dos primeros capítulos de Mt y Lc, cuyo testimonio procede de fuentes independientes entre sí.
- La falta de verdaderos paralelos, tanto en el ambiente bíblico como en el extrabíblico.
- La convergencia extraordinaria de los datos, a pesar de la diferencia de la estructura narrativa de los dos relatos de Mt y Lc.
- Los Evangelistas narran, no traicionan o manipulan unos hechos.

La concepción virginal manifiesta la realidad de que el Hijo de Dios es también hombre.

16. ¿Quiénes son los demás?

Testigos del Señor, 19

Describir la vida de Jesús implica necesariamente hablar del motivo de su venida: nosotros. El énfasis de los medios en el propio confort y bienestar obliga a insistir que el cristianismo pone delante del “yo” el “tú”.

El catequista tiene una difícil tarea: procurar que “los demás” tengan un lugar primordial en los corazones de los jóvenes oyentes.

Comenzamos con la parábola del buen samaritano*. Resulta explícita, hasta puede representarse.

Recordemos que puede concluirse una brillante ponencia sobre el prójimo, con la respectiva satisfacción de los oyentes, y, al llegar a casa tarde, molestar a los vecinos con música, ruidos o gritos de los niños. Sin duda, les habrá gustado, pero no han comprendido el mensaje.

De ahí la importancia de recalcar pautas educativas en los jóvenes. La educación y el buen comportamiento son expresiones elementales de amor a los demás. La mala educación, lo es de egoísmo y pedertería.

Por ello, el catequista insistirá en que sus oyentes comprendan que los demás son los vecinos, los hermanos, los compañeros de clase, la persona que camina a su lado, y quienes viven lejos de ellos. Comprender a los demás no es una cuestión de la inteligencia, sino del corazón.

Además, actualmente el amor a los demás se expresa definitivamente con el trato a quienes, procedentes de otros países buscan en el nuestro una vida mejor. Que sepan acogerlos, comprenderlos, quererlos, convivir con ellos. Las palabras del Papa Francisco sobre los migrantes (página 98) son clarificadoras.

*Los samaritanos habitaban la provincia que está entre Galilea y Judea. Desde la conquista del Reino del Norte, en el 721 a.C., su población dejó de ser puramente israelita, mezclándose con grupos asirios, cananeos, etc. Esto hizo que sus creencias se mezclaran también con las de los pueblos con quienes convivían, perdiendo su pureza primitiva y siendo despreciados por el resto de los judíos que les consideraban paganos. Tanta fue la distancia, que Esdrás, a la hora de construir el Templo tras el destierro, no dejó participar a los samaritanos (Esd 4,1-3), que darían culto a Dios desde entonces en el Monte Garizim. En tiempos de Jesús era tal la discordia, que no era aconsejable para un judío viajar por Samaría.

17. Jesús entre nosotros

Testigos del Señor, 15-20

No es infrecuente, entre los cristianos, creer en Jesús pero vivir como si no existiera. Hoy trataremos de imaginar a Jesús en las redes sociales, el deporte, el estudio, las amistades. Interesante experiencia.

El protagonismo de las redes sociales es indiscutible. Los móviles y tablets de última generación definen el estilo de vida de la inmensa mayoría de nuestros jóvenes. Por ello, la evangelización, la formación, o pasa a través de la red o queda infecunda.

Jesús narraba en sus parábolas la siembra del trigo en los campos. Si hoy hablase, en su lugar diría el envío de un whatsapp al grupo de amig@s de la red.

Si describimos a Jesús, como aparece en las biografías tradicionales de los libros en papel, sería menos comprensible que si utilizamos la técnica que aparece en la página 103 del capítulo.

El catequista buscará algún YouTube adecuado para este y otras sesiones, que pueden visualizar en sus móviles 3G o en una tablet.

Conviene que el catequista esté algo familiarizado con la vida de los jóvenes en las redes sociales, sobre la que se apuntan algunos aspectos, sin especial detenimiento, en la página 104.

Sin que el texto siguiente sea propio para estas edades, conviene tener cierto conocimiento al respecto:

Internet y las redes sociales tienen en común la capacidad para abrirse y/o exhibirse manteniendo el anonimato (o no). Esto genera una atracción irresistible en la juventud. Miedos, gustos, ansiedades, búsquedas... son ya posibles para los jóvenes. Nadie puede impedirnoslo.

La red permite hoy conocerlo todo y a casi todos. Y podemos decir lo que queramos de quien queramos, incluso "colgando" imágenes.

El bien y el mal, el amor y el terrorismo, todo está a un click. Amigos y acosadores, todo está a un click. Razón suficiente para que las autoridades tomen las medidas pertinentes. La policía de la red es tan necesaria como la que nos protege en las ciudades.

La red es maravillosa, porque el bien llega a cualquier lugar del mundo. Y al contrario: ciertos países controlan internet para evitar ideas ajenas a sus ideologías; como también los padres controlan a sus hijos pequeños, con objeto de prevenir peligros que ellos no logran detectar.

El "interés" de los jóvenes ha girado bruscamente con las nuevas herramientas. El cable del teléfono se quedó corto, y los móviles clásicos ya no los utilizan. Ahora caminan tecleando; antes lo hacían conversando.

Subjetivamente, las tempranas edades se autoafirman a través de la Red: muestran su intimidad haciéndose valer/ o, mejor, exponiéndola para que otros la aprueben. De ahí las estadísticas y los números de TWEETS.

Ahora la intimidad queda al descubierto, pero anónimamente. Las consecuencias pueden ser beneficiosas, y también perjudiciales. Se enfatiza más la aprobación del grupo, que la autoafirmación personal.

No queda eximido de todo esto, sino que, asume especial protagonismo, el contexto de la intimidad: los diálogos amorosos, las referencias eróticas, las conversaciones bordes y malsonantes, los chismes, el malestar y del deseo de venganza. Los jóvenes han abierto su intimidad a la Red, y *la han subido allí*.

No es menos importante para ellos **estar conectado**. Estar conectado es existir, es estar visible. Lo trascendente es lejano, complejo; lo válido es lo visible, lo que se intercambia.

Para los jóvenes de hoy, su vida y la vida online son idénticas.

Lo virtual es, para ellos, real. Y lo íntimo es comunicado y comunicable. Se suben videos, se expresan opiniones y se vive dentro de ese mundo nuevo. Solo la maduración del joven le llevará a compartir lo que consideren adecuado y a reservar para su intimidad ciertos aspectos que deben ser tratados con cuidado: la familia, el trabajo, ciertas opiniones. Los mayores irán retirando esa sobreexposición de su persona.

De hecho, muchas empresas, antes de contratar a un candidato, indagan en las redes sociales su comportamiento y personalidad.

Los jóvenes tienen "necesidad" de "mostrarse en la Red"; lo cual no significa exhibirse. El exhibicionismo corporal a través del sexo es un modo de traspasar el límite de lo íntimo, porque el "deseo" de presencia, de admiración, de ser deseado/a, puede más que los criterios que cada cual tenga sobre su propia intimidad, bien por una moral religiosa o criterios meramente naturales.

No cabe duda de que muchos desean "llamar la atención". Cantan, inventan, imaginan, y se desnudan. La comercialización del sexo ha crecido exponencialmente con Internet. Y el acceso a contenidos eróticos entre jóvenes y niños, se ha generalizado.

Los padres tienen una tarea formativa nueva e importante, para que sus hijos crezcan con una sexualidad educada, equilibrada, mostrando la belleza del sexo y del cuerpo, y el sentido cristiano sobre esto.

El capítulo ofrece oportunidades para madurar (página 104- la pandilla), y propone a Jesús como el amigo que nunca falla.

La amistad con el Señor les sobrepondrá a las frecuentes decepciones amistosas que se producen en estas etapas de la vida.

También ofrece pautas para crecer madurativamente dentro del grupo (página 108), y concluye reforzando la misión de testigos que recibirán cuando sean confirmados (páginas 109 y 110).

Tiene en sus manos el catequista un capítulo de suma importancia y actualidad en la vida de los jóvenes. ¡Adelante!

18 y 19 Alegres con Jesús en el corazón

Testigos del Señor, 19-20

El capítulo pretende enseñar a los niños a divertirse y a gozar de la vida, alabando al Señor con el deporte y las amistades.

El estilo de vida de los amigos de Jesús es alegre y divertido.

El catequista en este encuentro con los jóvenes abordará sus juegos más habituales, deportes, aficiones, encauzándolas para que sean sanas y abiertas a todos los niños, sin excluir a nadie.

Con llamadas al realismo (Historia de la página 113) y algunos aspectos en los que recibimos ayuda de Dios. El capítulo contribuye a madurar en las relaciones amistosas siguiendo el ejemplo de Jesús (página 114).

Felipe Neri es un santo con muy buen humor. Imitémosle.

Sin duda, con Jesús en el corazón, el estilo de vida adquiere rasgos específicos. Porque Jesús madura a quien lo lleva dentro.

Abordamos ahora la madurez cristiana en la temprana edad de los oyentes. Para ello partimos de que Jesús nos amó primero (página 118- historia de Lucas el ladrón).

El catequista aprovecha la historia desplegando numerosas consecuencias sobre la magnanimidad del amor de Dios.

Frente a nuestro egoísmo, su Amor nunca falla.

Dejemos claro que Dios espera nuestro arrepentimiento, como hizo Lucas. Enseñen a pedir perdón con humildad, y a perdonar, sin dar excesiva importancia a las ofensas recibidas.

Que nuestro modelo sea Jesús y tendremos personalidad. El capítulo 19, en las páginas 120-122, despliega recursos donde un joven con personalidad reacciona a diversos estímulos y circunstancias.

Se propone un estilo de vida coherente con el cristianismo, guiados por esta pauta: que nos mueva siempre lo que agrada al Señor.

Capítulos 20 - 24. El reino y el misterio pascual

Testigos del Señor, 21-24

Englobamos los cinco capítulos en la guía porque el nexo común es el misterio de la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor. Contienen abundantes recursos catequéticos, por lo que las sesiones resultarán atractivas.

Ofrecemos para los catequistas conceptos teológicos sencillos que ampliarán la información de los capítulos referidos del libro *El Señor nos habla*.

El Reino de Dios. (Capítulo 20, página 123):

La novedad de Jesús y el tema central de su predicación es su anuncio del Reino de Dios que llega a la historia humana. "Cumplido es el tiempo y el Reino de Dios está cercano: arrepentíos y creed en el evangelio" (Mc 1,15). Jesús es el primero en la historia que predica el fin de los tiempos y el comienzo de una nueva época del salvación.

Su enseñanza central es que Dios quiere salvar al hombre. Esta idea central se vincula con sus parábolas, las bienaventuranzas, las exigencias del discipulado, los milagros, la última cena y la muerte en la cruz. Hasta Él habían tenido vigencia la ley y los profetas; con Él comienza el Reino (Lc 16,16). Antes regía la exigencia y el juicio; él trae el nuevo orden de la gracia y el perdón. Este contenido salvífico permite considerarlo como buena nueva, "evangelio" (Mt 4,23; 9,35; 24,14).

El Reino es tiempo de gracia, y también de riesgo. "Dichosos los ojos que ven lo que estáis viendo, porque yo os digo: muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, oír lo que vosotros oís y no lo oyeron" (Lc 10,23-24). Hay que decidirse.

Jesús nos urge a optar. Porque el Reino está cerca (Mc 1,15; Mt 3,2; 4,17; 10,7). Ha llegado sorprendiéndonos (Mt 12,28; Lc 11,20). El Reino urge, apremia. El Reino está entre nosotros, pero mira al futuro, porque el Reino no está concluido.

Reino es Jesús mismo; es lo que acontece en Jesús y con Jesús; lo que Dios realiza por medio de Jesús. "Con el Reino ocurre como...": algo que llega; un tesoro y una perla; don de Dios; proceso de crecimiento como le ocurre a la levadura; dinamismo que transforma la historia; como realidad que vendrá al final con el Hijo del hombre*.

El Reino, por lo tanto, muestra a Dios, da sentido a la Historia y transforma el corazón del hombre y la sociedad, configurándola conforme al plan de Dios.

Los destinatarios del Reino son los pobres, marginados, enfermos y pecadores. Los pobres son evangelizados (Mt 11,5); son los que más le necesitan y no se escandalizan de él (Mt 11,6); ellos anhelan la plenitud, y el reconocimiento de su debilidad les permite reconocer la salvación en la persona de Jesús.

El Reino es también para quienes reciben el amor ofrecido por Dios. Pero solo haciéndose niños se entra y se posee el Reino de los cielos (Mt 18,3).

Las bienaventuranzas. A quien le llega el Reino le llega una gran suerte. Las bienaventuranzas son la carta del Reino. Son un retrato de Cristo; son lo que Dios hace y hará. Solo en un segundo momento son un programa moral. Son proclamación de una realidad que Dios otorga y que llevará a cabo con quienes vivan unas determinadas actitudes. Son experiencia de gracia por quienes siguen a Jesús. Son exhortación a vivir esas actitudes, que dan acceso a la realidad del Reino entrando en la persona. Son la definición del destino de Jesús y una proposición revolucionaria respecto a las categorías de este mundo.

Construimos el reino de Dios cuando...

La paz en el mundo: la paz entre las distintas religiones elimina los enfrentamientos en el nombre de Dios; no tiene sentido que discutamos por Dios cuando Él nos invita a dialogar.

Acogemos a los emigrantes: José, María y Jesús fueron emigrantes en Egipto. A mi país vienen personas que otros lugares buscando un futuro mejor. Los inmigrantes, cuando llegan, no son extraños, porque ellos también se esfuerzan para integrarse.

Estudiamos en serio: Tu mayor responsabilidad, ahora, es el estudio. Con gusto o sin él, dedicándole las horas necesarias, atendiendo en clase, y ofreciéndoselo al Señor antes de ponerte a estudiar.

Participamos en la Eucaristía: Jesús nos dejó la Eucaristía para permanecer en nuestros corazones, y también en el sagrario. La Eucaristía dominical es una fiesta, un encuentro con Jesús y con nuestros hermanos, es la oración más importante de la Iglesia y uno de los diez mandamientos de Dios.

Hay trabajo para todos: El trabajo dignifica a las personas. Mediante el trabajo nos santificamos, porque el trabajo bien hecho nos lleva a Dios. Jesús pasó la mayor parte de su vida trabajando.

Los políticos son honrados: La política es para el progreso de los países, no para que algunos políticos roben el dinero de los demás. Los políticos honrados hacen mucho bien.

Compartimos los alimentos: El dinero se dedica a las necesidades esenciales, como la comida. Los alimentos que no se vendan, antes de que se deterioren se reparten entre las ONG y bancos de alimentos, para que lleguen a quienes no pueden comprarlos.

Nos respetamos: El respeto y la buena educación son esenciales para convivir. Nos respetamos porque nos queremos. Y nos queremos porque somos hermanos/as, por ser hijos e hijas de Dios.

Decimos la verdad: Nos parecemos a Jesús, que es la Verdad. Mentir para evitar problemas, aumenta el problema. La verdad, siempre, aunque duela.

Defendemos la vida: La vida es un don de Dios del que no somos dueños. Las mamás embarazadas no son dueñas de los niños que están en su vientre. *No es lícito liquidar, matar una vida humana para resolver un problema* (Papa Francisco 15-11-2014). No aceleramos la muerte de alguien porque lleva tiempo enfermo, ni ayudamos a quitarse la vida, ni circulamos a mayor velocidad de la permitida.

Cuidamos la naturaleza: Respetamos las leyes que Dios puso en la naturaleza para no contaminar el medio ambiente. También respetamos las leyes que protegen a los animales. O las que reducen el calentamiento global del planeta.

Respetamos nuestro cuerpo: El cuerpo es templo del Espíritu Santo. Por eso es malo emborracharlo, drogarlo, utilizarlo como mercancía sexual, lesionarlo.

El dinero es para ayudar, no para enriquecerse: El dinero es bueno si se usa bien, malo sin con él esclavizamos a los demás o a nosotros mismos: chantajes, pagos para hacer daño, buscar el enriquecimiento pagando sueldos insuficientes.

Colaboramos en casa, en el cole, en la parroquia: Somos continentes unidos por el amor, no pequeños islotes; por eso, ayudamos donde nos necesiten.

Vivienda digna para todos: Las personas tienen derecho a un hogar. Las leyes facilitarán viviendas baratas.

Medicinas para quien las necesite: Cuando los enfermos que no pueden pagar sus medicinas, el Estado se las proporciona.

Compaginamos el trabajo con la familia: Los horarios de las empresas deben permitir el descanso de las personas y la atención de las familias.

* **Hijo del hombre.** Inicialmente pudo equivaler al hombre único, el hombre por excelencia, representante singular el género humano; el heredero real. Desde Dan (7,13-14) y en el Ap adquiere un significado nuevo y se aplica a un ser celeste y trascendente, un ser misterioso con poderes excepcionales que recibiría el imperio de todos los pueblos; un Mesías nacionalista que llevaría a cabo el plan final de Dios.

En el NT, fuera de Hch 7,56; Ap 1,13; 14,14, solo aparece en boca de Jesús como título que, sin revelar el misterio de su persona, une los dos extremos de su vida: la fragilidad de su existencia terrena hasta la cruz y su venida gloriosa como juez universal).

Reflexiones teológicas sobre la pasión, muerte y resurrección de Jesús. (Capítulos 21 al 24:

Está hoy universalmente admitido que los Evangelios se empezaron a escribir o comenzaron a contar por la Pasión. Algunos sostienen que los Evangelios son relatos de la P de Jesús a los que se ha puesto un prólogo largo: los recuerdos de sus hechos y enseñanzas. Son pues muy fiables históricamente.

La crisis de Galilea

La vida de Jesús tiene dos polos: la acción en Galilea (predicación del Reino y realización de milagros) y la pasión en Jerusalén (proceso de muerte y crucifixión).

Entre ambos lugares y ambas dimensiones de su vida, los evangelistas exponen discursos y sentencias, la concepción mesiánica de Jesús y su muerte violenta. "La conciencia de su pasión es descrita como un viaje" (H. Conzelmann).

El período de Galilea tiene dos polos: las masas le aclamaban (Mc 1-28) y luego la decepción, la llamada crisis de Galilea. Así, en el milagro de la multiplicación de los panes, cada evangelista lo relata con acentos distintos: Jn 6,1-12 ve un anticipo de la eucaristía; Mc 6,34 un gesto de compasión con el pueblo; Mc dice que la gente identifica a Jesús como posible rey que va a liderar un levantamiento popular (6,52); Jn cierra el relato con esta afirmación: "Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarlo y hacerlo rey, se retiró otra vez al monte él solo" (Jn 6,15).

En este contexto de crisis, Jesús acentúa su mesianidad y se distancia de la gente que no lo comprende. La novedad de Jesús: se dice el Mesías y se distancia del templo y de las autoridades, y una situación crítica, hacen que Él vaya descubriendo el tiempo y la forma en que debía realizar su obra mesiánica.

Es ahora cuando Jesús adoctrina a sus discípulos de forma especial, anuncia su pasión con la subida a Jerusalén y se transfigura para mostrar su divinidad.

Las predicciones de su muerte, redactadas después de la resurrección, incluyen el recuerdo de lo que dijo Jesús y el testimonio de la Iglesia; a veces son afirmaciones tajantes, sin sentido alguno y sin integrar los elementos de la posterior teología de la muerte vicaria, por lo que garantizan su historicidad y la conciencia de Jesús. La fórmula "es necesario" no designa ni una exigencia divina ni un destino fatal ni un accidente en la vida de Jesús, sino su previsión en el plan de Dios. Éste incluía el don del Hijo a los hombres con todas sus consecuencias, incluida la pasión y muerte, no como decreto eterno de Dios, sino como algo inevitable que conlleva el haberse entregado por nosotros.

Entrada en el templo

Jerusalén es la ciudad donde todo profeta debe acreditar su misión (Lc 13,33). Por eso Jesús se dirige a ella en la Pascua y va al templo.

Su entrada triunfal en Jerusalén quizá tuvo acentos nacionalistas; la Pascua era una fecha de recuerdos al respecto (Mt 21,1-10). Allí sucede la expulsión de los vendedores del templo. Juan sitúa el hecho al comienzo de su evangelio, los sinópticos, al final de la vida pública.

Los Evangelios de Mc y Lc nos informan de que esa acción de Jesús fue la causa por la que los judíos empezaron, desde ese momento, a buscar la ocasión de matarlo. Después de esta actuación en el templo, las autoridades judías tienen la idea de que es preciso matar a Jesús. Mc y Lc lo dicen. Jn lo sugiere de otra manera cuando dice: "voy a destruir este templo y en tres días lo reedificaré; pero él se refería al templo de su cuerpo". Es decir, Jn habla de la muerte y resurrección en relación con el episodio del templo. Desde entonces querían matarlo.

Mc y Mt la recogen la misma acusación contra Jesús: "Se presentaron testigos falsos que decían `hemos oído que éste dijo: voy a destruir el templo y en tres días lo reedificaré (cf Mt 26,61 y par.). Luego la acusación ante Caifás es precisamente la de haber amenazado con destruir el templo.

Mc y Mt recogen la burla de los judíos en la cruz: "éste que ha dicho que podía destruir el templo y reedificarlo en tres días, a sí mismo no puede salvarse" (cf Mt 27,40 y par.).

Todo esto es importante, porque para los judíos, la presencia de Yavé en el templo de Jerusalén es, por decirlo de alguna forma, como el segundo dogma de su religión. el primero es que Dios sólo hay uno. El segundo es que ese único Dios vive allí. Decir que el templo de Dios va a ser destruido quiere decir que la casa de Dios va a ser destruida; se está atacando una verdad fundamental de la religión judía.

En el templo de Jesús hay un patio. En ese patio se vende. Pero qué se vende? Se venden palomas y ovejas y se cambia dinero; o sea, los animales que se necesitan para el culto. Las palomas y las ovejas que se sacrifican en el templo y que deben cumplir los requisitos legal y ritualmente establecidos para que sean animales aptos para los sacrificios. Y ¿por qué se cambia dinero? Pues porque a Dios sólo se le puede ofrendar dinero puro y, por tanto, acuñado por el templo. Los judíos habitaban por todo el mediterráneo, en Roma, Corinto..., Cuando llegan en peregrinación a Jerusalén cambian el dinero de su tierra por dinero puro para hacer la ofrenda en el templo.

Según cuenta Flavio Josefo, el patio en torno al templo se conoce como atrio de los gentiles, donde puede entrar todo el mundo. Después viene el atrio de las mujeres, donde sólo pueden entrar mujeres judías. Luego el atrio de los israelitas, donde pueden entrar los israelitas mayores de 12 años y, en principio, sin defecto físico ni impurezas. Porque el ciego no tiene la bendición de Dios, pues si la tuviera no sería ciego. Y si no tiene la bendición de Dios no es digno de presentar la ofrenda. Después, viene el atrio de los sacerdotes y, por último, el "Sancta Sanctorum", o Santísimo, donde sólo puede entrar el Sumo Sacerdote una vez al año, en la fiesta de la Expiación.

Cuando Jesús entra en el templo y derriba las mesas y expulsa a los vendedores, lo que hace es impedir el funcionamiento del sistema cultual judío. Mc tiene una frase clave: "Volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas y no permitía que nadie transportase cosas por el templo... y al atardecer se marchó fuera de la ciudad".

Nos viene a decir que Jesús dio un golpe de mano. Lo que hace Jesús es decir con hechos y palabra que ese no era el modo de ofrecer el culto a Dios, y que no podían seguir ofreciendo sacrificios de esa manera.

Ahora vemos cómo lo interpretan los sinópticos: Aluden a los textos de Is 56,7 y Jer 7,11. La frase

que dice Jesús mientras expulsa a las ovejas y a los cambistas es : “mi casa será casa de oración para todos los pueblos” (Marcos) “mi casa será casa de oración (Mt y Lc tomado de Is 56,7)... pero vosotros la habéis convertido en cueva de bandidos” (tomado de Jer 7,11). Pero Juan cita el salmo 69,9-10 y Zac 14,21. Lo más probable es que dijera todas esas cosas.

Con este hecho, Jesús se enfrenta al orden religioso anterior, cuyo símbolo y lugar expresivo máximo es el templo. Pero Jesús no había venido a destruir el culto anterior, sino a darle plenitud.

La Última Cena

Con la expulsión de los vendedores, Jesús declara caduco el sistema religioso anterior. Con la última cena instituye una realidad nueva que determinará el futuro.

Ahora existe una “alianza nueva”, realizada no con la sangre de animales, sino con la de Jesucristo, que da su vida para el perdón de los pecados de todos los hombres. A partir de ahora, la pasión sucederá a todos los dichos y hechos de Jesús.

El marco histórico de la última cena es la pascua, gesta liberadora de Dios con su pueblo, que a partir de ahora será memoria de la alianza con el nuevo pueblo de Dios. El marco inmediato es la traición de Judas.

Tanto la tradición paulina como la joánica unen estos dos elementos: “El Señor Jesús en la noche en que fue traicionado (...) se entregó” (1 Cor 11,23; Jn 13,1-2). Se unen así traición y Eucaristía: nosotros le traicionaremos; Él permanecerá fiel.

Los sinópticos afirman que la última cena de Jesús fue una cena pascual (Mc 14,12-16). Como ésta se celebraba el 14 de nisan, Jesús habría sido crucificado el 15 de nisan, es decir, el día de la Pascua. Para San Juan no fue una cena pascual (18,28; 19,14); sino el día 14, día de la preparación de la Pascua. Juan ve ahí el sacrificio del nuevo cordero pascual, sacrificado el mismo día que los corderos que serían consumidos en la cena festiva.

La mayoría de los autores coinciden en que fue crucificado en una cena pascual.

Dentro del ritual judío de la cena pascual, Jesús destaca que su persona está vinculada al pan y al vino. Los actos clave son: el pan partido y la sangre derramada, que contienen realmente su cuerpo y su sangre. “Esto es mi cuerpo (...) Esto es mi sangre” (Lc 22,19; Mt 26,28; Mc 14,22; 1 Cor 11,24).

Ese cuerpo es entregado hasta consumir la obra que el Padre le ha encomendado. Jesús no es un mero receptor pasivo de un destino que unos u otros le infligen.

La última cena anticipa el banquete mesiánico del Reino futuro (Mt 26,29; Mc 14,25; Lc 22,18). La Iglesia interpreta esta acción con tres expresiones del AT: la sangre de la alianza (Ex 24,8); la nueva alianza (Jer 31,31); los cantos del siervo de Yahvé (Is 42,6; 49,8; 59,21; 52,13-53,12). Esto implica un acto de alianza y sacrificio. Así, Dios nos da la sangre como poder de vida para superar el poder del pecado y de la muerte. La sangre de Cristo introduce el poder de Dios en lugar del pecado. Y el Amor de Dios derramado en la sangre de Jesús. Así se suprime la idea antigua del sacrificio para impedir la ira de Dios.

El sacrificio de Cristo es una nueva alianza por la que perdona los pecados y otorga a muchos la justicia (Rom 5,15; 5,18). Jesús no hizo referencia explícita al Siervo de Yahvé, pero se comporta tal como está descrito por Is 53,11.

Después de la última cena, Jesús perderá su libertad y se pondrá en manos de los hombres. Es consciente de su muerte y encarga a sus Apóstoles que repitan esa acción suya hasta que vuelva (1 Cor 11,26), confiriéndoles potestad espiritual y jurídica; así universaliza su entrega en el tiempo y en el lugar.

La Eucaristía es el punto final de la existencia de Jesús y el inicial de la Iglesia. La Iglesia es el nuevo pueblo nacido de la alianza con su sangre; por eso, la Iglesia entiende la Eucaristía como realidad sacramental de la comunidad que celebra la memoria del Señor.

Así Iglesia y Eucaristía se relacionan, siendo dos expresiones del único cuerpo de Cristo. El pan es su carne para la vida del mundo (Jn 6,51).

La muerte de Jesús

El hecho fundamental de la vida de Jesús es su muerte. Es un dato histórico incontestable.

Jesús fue vitalista, amaba la vida como creación de Dios. Su muerte fue resultado de la libertad y decisión humana a lo largo del proceso de gestación. Era tanto el amor de Jesús que se entregó, aun sabiendo que esa entrega conllevaba morir. Y la aceptó por fidelidad al Padre.

Jesús, como enviado del Reino, moriría, y resucitaría para acreditar dicho Reino. Sin la resurrección el Reino no habría tenido razón de ser.

Los relatos de la pasión tienen la misma estructura en los cuatro evangelios, aunque cada uno le da su sello personal. Los tramos son los siguientes: prendimiento en el huerto de los olivos, traslado ante el sumo sacerdote (Anás-Caifás); presentación o proceso ante el Sanedrín; presentación y proceso ante el prefecto romano Poncio Pilato, que culmina con la sentencia de crucifixión; acto de la crucifixión; muerte en la cruz; sepultura.

Casi todos los autores coinciden en que existió un relato primordial de la pasión, del que dependen todos los evangelistas. La fuente de este relato es la comunidad. Los relatos hacen ver que quién muere es el Hijo de Dios. Dentro de esos rasgos comunes, Mateo destaca la mesianidad y la autoridad de Jesús; Marcos la filiación divina; Lucas la delicadeza y ternura de Jesús hasta el final, concluyendo con la oración por sus perseguidores, y Juan la majestad del Hijo de Dios que sufre.

Jesús tuvo largo tiempo para asumir su muerte, previsible y prevista en diálogo con el Padre en la oración y mediante la lectura del AT. Desde ahí se mostró disponible para que el Padre y los hombres decidieran sobre su vida, no respondiendo violentamente ante la violencia y aceptando la voluntad del Padre.

En la cena pascual Jesús anticipa cómo va a ser y cómo va a vivir él su muerte, la rotura de su cuerpo y el derramamiento de su sangre. La muerte de Jesús enseña: fidelidad al Padre, solidaridad con los marginados absolutos que son los que están muertos, el amor y el perdón de los enemigos. Hay dos textos evangélicos donde Jesús interpreta el sentido de su vida y de su muerte: Mc 10,45 y 14,24.

¿Cuál fue el día y la hora exacta?

Según Marcos 15,25: es crucificado el viernes día de la Pascua judía: era día del mes de nisan, a la hora tercia de los romanos, que sería las 9 de la mañana para nosotros.

Según Juan 19,14: es crucificado un viernes, víspera de la Pascua y a la hora sexta, que sería para nosotros el medio día. Los evangelios miran la intención teológica, su significado salvífico; los detalles no les interesan tanto.

La muerte por crucifixión

El derecho penal romano, junto con la decapitación, la condenación a la hoguera y la entrega a las fieras, tenía como pena máxima la crucifixión. Solo se usaba en los casos muy graves: desertión frente al enemigo, traición de un secreto de estado, incitación a la sublevación. Se aplicaba solo a las clases humildes (*humiliores*), no a las superiores (*honestiores*). Era el castigo de los extranjeros y típico de los esclavos.

Era para los romanos la máxima degradación del ser humano, y para los judíos (pender del madero) una maldición de Dios: había que enterrarlo el mismo día para que su sangre no manchase la tierra, "porque el ahorcado es maldición de Dios" (Dt 21,23).

Jesús sufre la muerte más ignominiosa, la de los más pobres y desgraciados: los esclavos.

La Iglesia católica ha clarificado su doctrina en el Vaticano II, distinguiendo entre los líderes del pueblo de entonces, y el pueblo judío como tal pueblo, y resalta que lo decisivo en la muerte de Jesús no es quién le mató, sino cómo y por qué murió él.

Los verdaderos protagonistas de su muerte son de orden teológico: el amor de Dios y el pecado de los hombres. Cristo murió por todos. Culpables lo somos todos como pecadores. Su muerte es ofrenda por todos. Jesús convierte un acto de ajusticiamiento en otro salvífico.

Jesús ora por los que lo crucifican. Entrega a su discípulo a su madre y a ella a él. Cada evangelista pone en su boca unos textos en el momento de expirar. Ora con los salmos como todo judío en vida y en muerte. Según Lucas sus últimas palabras son: "Jesús, dando una gran voz, dijo: 'Padre, en tus manos pongo mi espíritu' y dicho esto expiró" (Lc 23,46; cf Sal 31,6). Marcos: "A la hora nona gritó Jesús con fuerte voz: 'Eloí, Eloí, lamá sabachtani, que quiere decir, Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado'" (15,34; Mt 27,46; cf Sal 22,2). Juan: "Cuando tomó el vinagre, dijo: " 'Todo está consumado'. E inclinando la cabeza entregó el espíritu" (19,30).

Esas palabras que parecen gritar el abandono son las primeras de un salmo con las que morían los judíos piadosos. Son el relato agradecido de una situación, de la que Dios salva al Justo, por lo que este le alaba e invita a la comunidad a unirse a su acción de gracias por la liberación. Citar el primer verso era para el lector judío traer todo el salmo.

Es adecuada la opinión de quienes ven en la muerte de Jesús la manera propia de morir de todo judío recitando un salmo. Así dice Fromm: "Dada la costumbre judía de citar los libros, oraciones o salmos por su primera frase o palabra, parece mucho más razonable suponer que en el relato de Marcos y Mateo Jesús recitara el salmo 22 que incurrir en especulaciones tendentes a demostrar por qué razones pudo Jesús desesperarse o que sus palabras son un misterio inexplicable".

La muerte de Jesús es un ejercicio de la libertad humana; los hombres lo "quitaron de en medio" (Hch 2,23). El sistema religioso, el poder político, la historia del pueblo prefirieron mantener la seguridad antes que verse cuestionados por la posible verdad de Cristo.

La muerte de Cristo no es solo un decreto eterno; sino que también interviene la libertad de los hombres. "Nadie me quita la vida; yo la doy libremente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; ése es el mandato que he recibido del Padre" (Jn 10,18). "Es imposible que Dios haya tomado como ocasión para reconciliar consigo al mundo una muerte cuyo sentido le es desconocido al que muere" (H.U. Von Balthasar, TD 3, 156).

La primitiva comunidad cristiana comprendió la muerte de Jesús como la muerte del Mesías y la muerte del Hijo. Su muerte violenta asumida, fue coherente con el mensaje pacífico del Reino; comprendida como encargo del Padre; la forma de insertarse el Hijo de Dios en el mundo.

La resurrección de Jesús. (Capítulo 23, página 144):

Los discípulos reconocieron en el Resucitado al crucificado, a Jesús de Nazaret (cf. Jn 20,20; 21,6.12). Pertenece a la autenticidad de la fe cristiana creer y confesar que el Resucitado y el Crucificado son uno y el mismo.

Aunque el Resucitado goce de una forma nueva de vida, de ningún modo es “un ser celeste” que hubiera desplazado y sustituido totalmente a Jesús de Nazareth.

Además, al resucitar a Jesús, Dios acreditó al rechazado por los hombres (cf. Hech 3,13-15; 4,10-12; 5,30-31): acreditó su persona, el origen divino de su mensaje, la legitimidad de la autoridad que reclamaba durante su ministerio, la verdad y eficacia salvadoras de su entrega a la muerte.

Ahora el anuncio del Reino de Dios es el anuncio acerca de Cristo, ya que por él y en él, por su encarnación, por su camino en la tierra, por su muerte, resurrección y exaltación, viene el Reino (cf. Hech 1,3-8; 28,23.31).

El testimonio explícito del Nuevo Testamento sobre la resurrección de Jesús se nos ofrece en dos formas diferentes: el anuncio pascual y los relatos pascales.

El anuncio pascual

Muchos son los pasajes del Nuevo Testamento donde encontramos el anuncio pascual. De ellos, destacaremos la importante confesión de fe que nos trasmite Pablo en 1 Cor 15,3-5 y que amplía en los versos 6-8, con otra lista de testigos de la resurrección de Jesús, entre los que él se incluye.

No cabe ninguna duda de que Pablo ha comprobado muchas veces la citada tradición, al menos en cuanto a su contenido, a lo largo de sus años de actividad misionera.

A través de los testigos que nombra (dejando a un lado al propio Pablo), esta tradición nos remite a Palestina y sobre todo a Jerusalén como el lugar donde se originó. Así se explica que, a pesar de haber recibido directamente del Señor resucitado el Evangelio y la misión de anunciarlo (cf. Gal 1,1.12.15-16), Pablo trató durante su carrera misionera de mantener siempre, y en medio de grandes dificultades, su vinculación con Jerusalén y su comunidad cristiana.

Sin embargo, los testimonios escritos más antiguos de la resurrección del Señor recogen la afirmación: ‘Dios resucitó a Jesús de la muerte’. Esta forma se remonta a la comunidad primitiva de Jerusalén (1 Tes 1,10; 2 Cor 4,14; Rom 4,24; 8,11; 10,7.9; Col 2,12s. etc.).

Otro tanto habría que decir de la expresión *marana tha*, dirigida al Señor exaltado por su resurrección.

“Marana tha”: En la existencia terrena de Jesús, sus discípulos y otras personas se dirigían a él con el término corriente de “señor” (“mar” en arameo). Después de su resurrección y exaltación, la primitiva comunidad arameoparlante invocaba a Jesús como Marana, “nuestro Señor”; en sus celebraciones de la Eucaristía le suplicaban su retorno glorioso con la conocida expresión Marana tha: ven, nuestro Señor (cfr. 1 Cor 16,22; Ap 22,20). No se trataba ya, naturalmente, de la venida de un simple maestro o profeta, sino del retorno del señor resucitado que vive y reina en la gloria de Dios.

Los relatos pascuales

Del simple anuncio pascual se distinguen los relatos de la Pascua, que leemos al final de los evangelios. Atestiguan la resurrección de Jesús en la forma de un relato. Es muy importante advertir que, aunque las cartas de Pablo hayan sido escritas antes de los evangelios, éstos pueden contener materiales pertenecientes a la tradición más primitiva. Así ocurre con el hallazgo de la tumba vacía.

La comunidad cristiana de Jerusalén ha conocido la tumba de Jesús (Cfr. Mc 15,42-47), y, sin duda, la ha venerado. El anuncio de la resurrección del crucificado no se hubiese sostenido mucho tiempo en Jerusalén si los opositores al anuncio cristiano hubiesen podido comprobar que el cadáver de Cristo todavía permanecía en el sepulcro. Para la fe judía no hay resurrección si no resucita el cuerpo.

El sepulcro de Jesús, abierto y vacío

La forma literaria más antigua del relato sobre el hallazgo del sepulcro de Jesús, abierto y vacío, en los evangelios, está en Mc 16,1-8. Todo este relato va dirigido al anuncio que el joven, vestido de blanco, da a las mujeres: A Jesús Nazareno, al que crucificaron, se le busca en vano en la tumba. Ha resucitado: no está en el lugar donde lo pusieron, sino junto a Dios (cf. Mc 16,6).

El sepulcro vacío es algo totalmente indiscutible para el evangelista, y lo presenta como un trofeo de la victoria de Dios contra aquellos que pretendieron suprimir del todo a Jesús. Hay un núcleo histórico en este relato de Marcos: la tumba vacía .

Los relatos de las apariciones del Resucitado

En la etapa más antigua de la tradición, solo se habla de las apariciones de Jesús, a esta persona o a este grupo, con simples enunciados. Más adelante, se sintió la necesidad de presentar los simples enunciados en forma de relatos.

Estos relatos contienen un esquema capital común, que puede ser:

- la aparición, libre y personal, del Resucitado: este tema se corresponde con la afirmación básica de las confesiones de fe más antiguas;
- el tema de la misión, que indudablemente estuvo en el sentido y en la realidad más profundos de las apariciones del Resucitado;
- el tema del ofrecimiento de pruebas de identidad por parte del Resucitado y el de su reconocimiento por sus discípulos. Son los relatos más tardíos.

Catecismo de la Iglesia Católica n. 639: "El misterio de la resurrección de Cristo es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento. Ya San Pablo, hacia el año 56, puede escribir a los Corintios: "Por que os transmití en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y luego a los Doce" (1 Cor 15,3-4). El apóstol habla aquí de la tradición viva de la Resurrección que recibió después de su conversión a las puertas de Damasco (cf Hech 9,3-18)."

La resurrección de Jesús es un acontecimiento absolutamente único y que sucede en el misterio de Dios. Sin embargo, se inserta en nuestra historia humana y la afecta a través de un conjunto de sucesos, históricamente comprobables, que fueron manifestaciones del Resucitado y por tanto de la resurrección.

Gracias a este conjunto de sucesos, como rastros suyos, el Resucitado entra libremente en las entrañas de nuestro mundo histórico, sin pertenecer, a la vez, a este mundo, por vivir inmediatamente con Dios, su Padre.

El sorprendente cambio de los discípulos

Poco tiempo después del Viernes Santo, se produce un giro rápido y sorprendente en la conducta de los discípulos de Jesús: después del arresto y la muerte maldita de Jesús en la cruz, huyen precipitadamente a Galilea (Mt 28,16); transcurrido un breve espacio de tiempo, vuelven a Jerusalén, ciudad hostil y peligrosa para ellos, se constituyen en comunidad y afirman que el Crucificado vive, ha sido resucitado y exaltado por Dios; lo sostienen con su testimonio.

Como consecuencia de todo ello, siguen llevando adelante la obra de Jesús (Mt 28,16) y emprenden una misión cuyo dinamismo desbordará pronto los límites de Palestina y, en breve tiempo, judíos de fe estrictamente monoteísta, le reconocen al Crucificado dignidad y funciones propiamente divinas.

Este cambio no pudo realizarse solo mediante una reflexión sobre el pasado vivido con Jesús y una profundización sobre su destino en las Escrituras, que unánimemente les llevara a la certeza pascual. Este proceso sería necesariamente lento. Por el contrario, los discípulos proclaman, como factor desencadenante de su sorprendente cambio de actitud, un acontecimiento: **el encuentro con el Crucificado vivo y triunfante.**

En las narraciones evangélicas, Jesús resucitado se presenta en persona ante sus discípulos, por propia iniciativa, de repente y con libertad no condicionada por ningún impedimento físico. La presencia de Jesús vivo acaba imponiéndoseles a los discípulos desde fuera.

El sentido propio e inmediato del testimonio más original sobre las apariciones no es otro sino éste: Jesús, el crucificado y llamado por Dios a la vida inmortal en él, salió al paso, al encuentro de sus discípulos y se dejó ver por ellos.

La Iglesia apostólica, cuyo testimonio recoge el Nuevo Testamento, destaca las experiencias de Pascua como algo único, irrepetible. La rica historia de "visiones" y experiencias espirituales de la Iglesia no ofrece nada igual a las apariciones del Señor a los discípulos.

Fueron relativamente pocos los favorecidos por las apariciones del Resucitado; y, en cambio, ningún cristiano queda en principio excluido de la recepción del Espíritu Santo y de las magníficas y extraordinarias experiencias que él produce (cf. Gal 3,2-6; 1 Cor 12,12-14). El Espíritu Santo en la Iglesia es don de Cristo resucitado (cf. in 20,29).

Muertos los primeros testigos, nuestra fe en la resurrección de Jesús necesita la mediación del testimonio de los apóstoles.

Se inicia un tiempo nuevo

Por la actuación escatológica de Dios, en la resurrección de Jesús ha comenzado ya el fin del mundo presente. Cristo ha resucitado, primicia de los que duermen, como primogénito de los muertos (cf. 1 Cor 15,20; Col 1,18; Ap 1,5).

Ya está presente y activo en los cristianos el don escatológico de Dios, el Espíritu Santo, por quien él resucitó a su Hijo Jesús (Rom 1,3; 8,1-11; 2 Cor 13,4). Poco importa que la duración del mundo presente se alargue cuantitativamente. Este tiempo, con todas sus miserias y oscuridades, está ya internamente marcado por la resurrección de Jesús y por la efusión del Espíritu Santo:

- "este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación" (2 Cor 6,2);

- "la noche está avanzada y el día se acerca" (Rom 13,12).

El mundo y el hombre envejecidos están tocando a su fin irreversible: en el centro de la realidad está ya el Resucitado: Jesucristo, el Señor.

Es el Nombre que proclaman todos los seres del cielo, de la tierra y de los abismos: "Jesucristo es Señor (Kyrios) para gloria de Dios Padre" (Fil 2, 11). El "nombre sobre todo nombre" designa, pues, a Jesucristo como el Señor del universo", que ocupa, cara al mundo, el lugar que, por decirlo así, hasta ahora había tenido Dios. Esto significa la expresión del Credo: "está sentado a la derecha del Padre".

El Resucitado es nuestro representante ante el Padre. El Nuevo Testamento destaca su incesante intercesión ante Dios por nosotros (cf. Rom 8,34; Heb 7,25; 9,24; 9,24; 1 Jn 2,1). Jesús exaltado prosigue, de este modo, su búsqueda de lo perdido iniciada durante su existencia terrena.

En el presente, el Señor nos salva de la muerte como pérdida y alejamiento de Dios, en el sentido más propio y fundamental de esta palabra, y nos recrea mediante el Espíritu Santo en la vida nueva según el mismo Espíritu. De este modo, nos encamina a nuestra resurrección corporal en el futuro. Entonces los muertos "oirán la voz" del Hijo y resucitarán (cf. Jn 5,24-29; I Jn 3,14; Rom 5,6-11; 6,51; 13,11; Ef 5,14).

La Ascensión y el Espíritu Santo. (Capítulo 24, página 152):

Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, relata el episodio de la Ascensión de Jesús al cielo, como un acontecimiento separado de su resurrección (cf. Hech 1,3-11). La subida de Jesús al cielo tiene lugar, según este relato, cuarenta días (una expresión simbólica) después de la Resurrección. Pero el mismo Lucas, en otros pasajes de su obra, presupone la unidad entre la resurrección y la exaltación del Señor (cf. Lc 24,26; 24,50-53).

Por lo que se refiere en particular a nosotros, la ascensión de Cristo es también nuestra elevación; y la gloria de la cabeza, que nos precedió, da a su cuerpo la esperanza de seguirle:

La bajeza de nuestra naturaleza fue elevada sobre... todos los poderes hasta sentarse en el trono a la derecha de Dios Padre. (León Magno)

El Señor nos precedió para prepararnos lugar en la casa de su Padre, pues, asegura Jesús a sus discípulos, "una vez que me haya ido y os haya preparado el lugar, volveré y os llevaré conmigo, para que podáis estar donde voy a estar yo". (cf. Jn 14,2-3)

En el relato de los Hechos de los Apóstoles, la palabra "cielo" tiene, como también en la confesión de fe de la Iglesia, un significado exclusivamente teológico, no cosmológico. Dios no está donde está el cielo, sino donde está Dios e irradian sin verlos su bondad y su amor; ahí está el cielo. Por tanto, al entrar Jesús en la gloria de Dios, no se ha alejado de lo creado.

No podemos percibir a Jesús por nuestros sentidos. Pero vive entre nosotros y en nosotros. También nuestra vida nueva está escondida con él en Dios (Col 3,3). Jesucristo no es un personaje del pasado; es un contemporáneo de cualquier hombre de cualquier tiempo, después de su resurrección. Por eso podemos entrar, en todo tiempo, en una relación inmediata, viva y personal con Jesucristo. Podemos dejarnos encontrar siempre de nuevo por él en la Iglesia, en la comunidad de aquellos que celebran la eucaristía e intentan seguirle.

Pero la presencia y actividad de Cristo, actualmente presente en su Iglesia, se realiza mediante la actuación del Espíritu Santo que nos recuerda, interioriza y hace vivo en nosotros la Palabra evangélica.

El resucitado envía el Espíritu Santo prometido

El Espíritu Santo, por el que Dios resucitó a su Hijo Jesús, habita ya en nuestros corazones (cf. Rom 8,1-11). El Espíritu de Dios y del Resucitado realiza ya en nosotros lo acontecido en Pascua y lo amplía a toda la humanidad y a todo el universo.

La resurrección de Jesús no es un puro y simple acontecimiento del pasado, ya terminado en sí mismo del todo y sin consecuencias.

La resurrección del Señor tiene una orientación y una dinámica universal: tiende a englobarlo y renovarlo todo, hasta que "Dios sea todo en todas las cosas" (1 Cor 15,28). Queda todavía un inmenso camino, hasta que el Resucitado alcance, por obra del Espíritu divino, esta meta.

Aunque el Espíritu divino no haya estado nunca ausente de la creación, ni de la vida de los hombres, el Espíritu Santo es el Don y el Agente escatológico. La glorificación de Jesús, por la muerte y resurrección, ha abierto los últimos tiempos (cf. Jn 7,37).

Después de la partida de Jesús, el Espíritu es quien obra entre los discípulos, procurándole a Cristo su presencia real, pero invisible, entre ellos (cf. Jn 15,17):

- es el "Paráclito", el abogado que intercede por los creyentes ante el Padre (1 Jn 2,1), o los defiende ante los tribunales (cf. Jn 15,26);
- es el "Espíritu de la verdad", que lleva a los discípulos hasta la verdad total, recordándoles y haciéndoles interiorizar lo que dijo e hizo Jesús (cf. Jn 16,13; 14,26).

Con ello, el Espíritu dará, a través de los discípulos, testimonio de Cristo.

La misión de los discípulos y la efusión del espíritu

Las apariciones a los discípulos, su envío y la efusión del Espíritu Santo son sucesos íntimamente unidos entre sí:

- El evangelio de Juan los presenta como componentes de un único acontecimiento (cf. Jn 20,19-22).
- Lucas presenta, temporalmente separados, el envío de los discípulos por el Resucitado y la efusión del Espíritu Santo; pero en una conexión real (cf. Lc 24,46-49; Hech 1,3-8).

Con la resurrección de Jesús, se ha producido el giro definitivo de los tiempos: Dios está reconciliando consigo al mundo en Cristo (cf. 2 Cor 5,19), y el Espíritu está ya actuando la Nueva Creación.

La tradición profética de Israel había anunciado que no solo el pueblo elegido, sino todos los pueblos verían en los últimos tiempos la gloria de Dios, su manifestación definitiva y reconocerían al Señor de la Alianza como el único Dios y Señor.

Las experiencias pascuales de los discípulos no pudieron por menos que desencadenar la misión cristiana universal.

Los discípulos vivieron los encuentros con el Resucitado como la irrupción prometida, última y definitiva, del Espíritu de Dios en nuestro mundo, y se sintieron llamados por el Resucitado a ser testigos de lo acontecido en su resurrección hasta los confines de la tierra.

Los relatos de apariciones expresan diversamente el mandato misionero de Jesús. En efecto, el encuentro con el Resucitado estuvo tan cargado por sí mismo de significado para los discípulos, que éstos pudieron y tuvieron que expresar de diversas formas su mandato misionero.

Mientras el ministerio de Jesús en su existencia terrena se limitó a Israel, ahora la misión de los discípulos, al servicio de su Señor resucitado, se extiende a todos los pueblos y a todos los hombres.

Salvados en esperanza

Jesús ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Su reino no tendrá fin. Jesús vendrá. Los cristianos anhelamos y esperamos su venida gloriosa, su parusía.

Parusía significa "llegada" y "presencia". Es un error traducirla por "retorno"; pues, entonces, suponemos con ella que Jesús, Dios el Padre y el Espíritu divino están ausentes de este mundo.

Jesús viene incesantemente y está en el prójimo necesitado, en el interior del justo, en la proclamación de la Palabra, en la celebración de la Eucaristía. Pero un día, su venida será "venida gloriosa". Saldrá a plena luz todo el poder de Jesús, capaz de "someterse todas las cosas" (cf. Fil 3,21) y transformará este mundo en Reino de Dios consumado.

La nueva creación está ya implantada y enraizada en el corazón de la realidad, pero todavía sufre violencia y resistencia de las poderosas fuerzas del mal; sus manifestaciones son fragmentarias y a veces ambiguas; un día se extenderá sin confusiones a todo y lo colmará todo: Dios será todo en todas las cosas (cf. 1 Cor 15,28).

La "parusía" de Cristo no será la llegada del héroe triunfante en solitario. Con la aparición victoriosa de Jesús, triunfarán todas las criaturas, en especial los pobres y sometidos de este mundo.

En su "parusía", Jesús vendrá como juez de vivos y muertos (cf. Hech 10,42). Jesús es el Hijo del Hombre de la tradición apocalíptica judía. En el Antiguo Testamento, 'el día del Señor' es el día del último y definitivo juicio de Dios; a ese día, Jesús le llama "el día del Hijo del Hombre" (cf. Lc 17,24.26-30).

Jesús afirma que a su generación no se le dará otra señal, puesta por Dios mismo, sino la de Jonás, es decir, la del Hijo del Hombre que, por un lado, apunta al cumplimiento del juicio divino y, por otro lado, a Jesús mismo como juez (cf. Lc 11,29-32). En Lc 12,8 s. (y textos paralelos de los otros evangelistas), el veredicto del último juicio dependerá de la aceptación o rechazo de Jesús y de su mensaje.

En el juicio último, el Hijo del Hombre tendrá una función más importante y decisiva que la de simple testigo. Será verdadero juez, pero no el único juez. Dios le ha dado todo poder y autoridad (cf. Jn 5,22.23; 3,18,21). "Ante los ángeles de Dios", es decir ante Dios, Jesús testificará a favor o en contra de los hombres. Jesús, su mensaje y su conducta, constituirá la norma viva por la que el Señor juzgará a los hombres: el servicio a Dios en el servicio y amor al prójimo, especialmente al necesitado, decidirá el destino de los hombres (cf. Mt 25.31-46).

El hecho de que Jesús, entregado por amor a la muerte en favor nuestro, sea nuestro juez, apoya y afianza nuestra esperanza en que Dios nos juzgará como Padre misericordioso y, por tanto, nos preparará con el fuego del Espíritu, para la comunión consumada con Cristo, en cuyo rostro se refleja la gloria de Dios (cf. 2 Cor 4,6).

Todo esto es todavía promesa y esperanza. Estamos salvados, pero solo en esperanza (cf. Rom 8,23-25). A través de los sufrimientos, pruebas y oscuridades de esta vida, nos mantenemos en esta esperanza "contra toda esperanza" (cf. Rom 4,18-25). Pero es "una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones" (Rom 5,5).

La salvación en Jesucristo

1. Vivencia personal: Jesús es la verdad, pero también el camino y la vida (Jn 4,6). Armonizar lo que se cree con lo que se vive. Actitudes disociadas. La fe inspira la vida.

El primer criterio de experiencia que nace de la narración histórica de Jesús es el encuentro personal con él. Historia en nuestra vida.

Jesús ha de ser reconocido como amigo fiel, como modelo de humanidad realizada, como maestro de vida fraterna: es salvador y Mesías de la propia experiencia personal: "Hemos encontrado al Mesías, que significa Cristo" (Jn 1,41). Cristo es el centro de la historia personal de cada uno de sus discípulos.

Esta dimensión de vivencia personal en Cristo no sucede en otras religiones. No limita la identidad personal, sino que la exalta y refuerza. Juan recuerda hasta la hora del encuentro con Cristo (Jn 1,38-39). El quedarse de los discípulos con Él se extendió a toda su vida.

2. Permaneced en mi amor: Jesús llama e invita a seguir con él su seguimiento, su invitación; a vivir en plena comunión, en la oración, en el apostolado y en el sacrificio de la cruz.

La vid y los sarmientos Jn 15,4-9. Sin comunión con Jesús no existe apostolado, y no hay participación en la vida trinitaria. Jn 6,57-58. La comunión con Jesús es comunión con el Padre: "Yo estoy con mi Padre, y vosotros conmigo y yo con vosotros" (Jn 14,20).

3. Para mí, vivir es Cristo (Flp 1,21): Comunión, participación, conformación, asimilación e incorporación.

La vida de Pablo fue una asimilación continua de Cristo. La asimilación vital de Cristo y la convivencia con Él viene descrita con neologismos como con-morir, con-vivir con Cristo (2 Tim 2,11, Rom 6,8), compadecer, estar con-crucificados, estar con-sepultados, con-resucitar, estar con-figurados, estar con-glorificados...

Pablo usa muchas imágenes para describir el modo de la unión del bautizado con Cristo: templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Ciudadanos del pueblo y miembros de la familia de Dios (Ef 2,19-20. Cuerpos miembros de Cristo (1 Cor 6,15-17; Ef 5,21-32).

La analogía paulina por excelencia es la del "cuerpo místico": cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro (1 Cor 12,27). Ef 4,15-16. Rom 12,4-5. Gal 3,28. Gal 2,20 Flp 1,21. Col 3,3.

4. Realidad trinitaria de la incorporación a Cristo: La incorporación a Cristo nos relaciona con la Trinidad, y ella con nosotros: Ef 1,3-5. No se trata de una adopción extrínseca; sino de una conformación y asimilación filial con Cristo: Rom 8,29; 15-17. Vivir desde la filiación.

5. Experiencias de comunión con Cristo: La experiencia de Dios es variada dependiendo de las personas. Cirilo de Jerusalén compara la gracia divina con el rocío que cae sobre el lirio, violetas y jacintos, sobre la uva y sobre la palmera.

Monacato oriental y occidental: tensión hacia la santidad, alcanzada mediante el gesto ascético radical como premisa para la vivencia mística y para la expansión del Espíritu en el alma.

En el misticismo ruso predomina el abandono del mundo y la completa dedicación a la contemplación y abandono de sí mismo en Dios, mediante la oración, la del corazón, que llega a ser comunión con Dios: "Yo duermo, pero mi corazón vela": orar mientras se duerme.

En el cristianismo occidental. El Diálogo: Sta Catalina de Siena (1378), ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola (1522-48); El Castillo interior Sta Teresa (1577); el Cántico Espiritual (1584);

Historia de un Alma (1895-1897); Los escritos de Santa Clara.

En todos aparece el cristiano transfigurado por la caridad de Cristo.

6. Opción por Cristo y testimonio: Elegir significa estar con Él, acompañarlo (Lc 9,57-62)(Mc 3,14). El seguimiento es opción fundamental. Decisión libre, con lo que implica.

No una elección hecha en el pasado, sino una dirección habitual hacia el futuro, sostenidos por la gracia. Elegido Jesús como bien absoluto.

Poner los actos en relación con el bien absoluto. El martirio.